

Nunca
pensé que ver
cruzar a mi madre
la puerta de
emigración fuera
tan duro. A mis
23 años, con
la carrera
casi
terminada y con una
independencia económica
ganada a base de trabajo como
profesor en un colegio privado a escasos
veinte minutos del aeropuerto, ver partir a
mi madre sin fecha de regreso significó el
fin del soporte emocional de mi aparente valentía.

Crónica Migrante 2011



Crónica Migrante

Nombre: _____

Dirección: _____

Ciudad: _____ País: _____

Fijo: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____



Crónica Migrante 2011

Ministerio de Relaciones Exteriores
María Ángela Holguín Cuéllar
Ministra

Departamento Administrativo para la Prosperidad Social
Bruce Mc Master
Alto Consejero Presidencial para la Acción Social

Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios de Comunicación
(AFACOM)
Luisa Fernanda Vallejo Cruz
Presidenta

Organización Internacional para las Migraciones (OIM)
Marcelo Pisani Codoceo
Jefe de Misión

La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada, en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de principal organización internacional para las migraciones, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para ayudar a encarar los desafíos que plantea la migración a nivel operativo; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

Los contenidos de las crónicas son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan las opiniones del Ministerio de Relaciones Exteriores, el Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, la Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios de Comunicación (AFACOM), ni de la OIM.

© Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Concepto, diseño y diagramación:

Donación del Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda
Aleida Sánchez B.
Zamara Zambrano S.
Mauricio Suarez B.

Corrección de estilo

Jorge Camacho Velásquez

Producción

www.tallercreativoaleida.com.co

Bogotá, D.C. Colombia
Primera edición

ISBN: 978-958-8469-58-4

500 Unidades
Febrero de 2012

Impreso y hecho en Colombia

Reconocimientos

Crónica ganadora en la categoría de profesionales: "El mercado de Babel"

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia

Crónica ganadora en la categoría de estudiantes: "Tráfico de esperanzas"

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra – Estudiante de Maestría en guión, narrativa y creatividad audiovisual – Universidad de Sevilla (España)

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Crónica finalista en la categoría de estudiantes: "El sastre que hace ciencia"

Autora: Juanita Hincapié Mejía – Estudiante de V semestre de Comunicación Social y Periodismo, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales

Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez

Crónica finalista en la categoría de estudiantes: "La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI"

Autor: Eduardo José Marín Cuello – Estudiante de IX semestre de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Sergio Arboleda Seccional Santa Marta

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

Agradecimientos especiales

Al equipo organizador:

Martha Cecilia Toro Pinzón

Asesora - Oficina Asesora de Comunicaciones

Miguel García

Asesor - Oficina Asesora de Comunicaciones

Departamento Administrativo para la Prosperidad Social

Martha Lucía Díaz Rivera

Asesora de Comunicaciones

Programa Colombia Nos Une – Ministerio de Relaciones Exteriores

Luisa Fernanda Vallejo Cruz

Presidenta AFACOM y Directora del Departamento de Comunicación Social y Periodismo

Nataly Sastoque Riaño

Practicante Apoyo a Dirección Programa de Comunicación Social y Periodismo

Universidad Central

Jorge Gallo Hoyos

Coordinador de la Unidad de Prensa e Información Pública

Karen Mora Castro

Comunicadora de la Unidad de Prensa e Información Pública

Donna Cabrera

Especialista en Cooperación Técnica

Samir Puerta

Especialista en Migración y Desarrollo

OIM

A las universidades:

Francisco de Paula Santander, Fundación Universitaria del Área Andina, Fundación Universitaria Luis Amigó, Universidad Autónoma del Caribe, Universidad Central, Universidad del Cauca, Universidad Francisco de Paula Santander y Universidad Santiago de Cali.

Al Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda, que donó el concepto comunicativo, el diseño, la diagramación y la corrección de estilo.

calendario 2013

Agradecimientos especiales

A los jurados:

Antonio Roveda - Comunicador Social-Periodista con Especialización en Comunicación Empresarial de la Universidad Externado de Colombia; Diplomado en Investigación Social Aplicada y estudios de Doctorado en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, España. Actualmente es Director del Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana y Par Académico Evaluador del Ministerio de Educación Nacional de Colombia en las Salas de Ciencias Sociales y Humanidades, para CNA y CONACES para programa de pregrado y postgrado en Comunicación y Ciencias Sociales. Asesor nacional e internacional en evaluación y formación por competencias de varias universidades iberoamericanas. Decano, docente, investigador, periodista y autor de varios libros, artículos, ensayos e investigaciones sobre formación en Comunicación y por competencias; currículo, evaluación en Educación Superior; políticas públicas en Educación e Iberoamérica; Globalización y Educación Superior, entre otros. Jurado de más de 20 premios nacionales en Comunicación y Periodismo.

Javier Darío Restrepo - Maestro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano desde 1995. Periodista desde hace 52 años. Experto en ética periodística, catedrático de la Universidad de los Andes y conferencista en temas de comunicación social. Ha sido columnista en El Tiempo, El Espectador, El Colombiano y El Heraldillo. Recibió el premio nacional de Círculo de Periodistas de Bogotá en la categoría de prensa en 1993, así como el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1985 y 1986. Además recibió los premios San Gabriel del Episcopado Colombiano en 1994, Germán Arciniegas de la Editorial Planeta en 1995 y el premio latinoamericano a la ética periodística otorgado por el Centro Latinoamericano de Periodismo -CELAP-, auspiciado por la Universidad Internacional de la Florida en 1997. Es autor de 22 libros y su título más reciente es *La Niebla y la Brújula*. Tomado de: <http://www.fnpi.org/maestros/directores-de-talleres/>

Marisol Gómez - Editora del Primer Cuadernillo del periódico El Tiempo (Debes Saber). En este periódico comenzó como corresponsal, fue redactora de varias secciones y luego fue editora nocturna y editora de secciones. Es Comunicadora Social - Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y Magister en Ciencia Política de la Universidad de los Andes (Bogotá). Es autora del libro *Desterrados, Cicatrices de la Guerra en Colombia* (de Intermedio Editores) y coautora en los libros *Años de Fuego* (de Planeta y Revista Semana), *Crónicas de Secuestro* (de Ediciones B) y *Crónicas del Premio Nacional de Paz* (de Fescol y el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina). Ha sido profesora en las facultades de periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana y de la Universidad Pontificia Javeriana y tallerista en la Universidad de los Andes, la Universidad Sergio Arboleda, el Proyecto Antonio Nariño y la Corporación Medios para la Paz. Ganó el premio del Círculo de Periodistas de Bogotá en 2005 y 2006, y el premio de periodismo Simón Bolívar en 2007.

Pilar Lozano - Periodista y escritora de literatura infantil. Ha publicado 17 libros: *La estrella que le perdió el miedo a la noche*; *Turbel, el viento que se disfrazó de brisa*; *Colombia, mi abuelo y yo*; *El violinista de los puentes colgantes*; *Socaire y el capitán loco...* El último, *Así vivo yo*, recoge historias de vida de niños de distintas regiones del país. Durante más de 25 años fue corresponsal independiente en Colombia del diario El País de España; ahora colabora de manera esporádica. Se ha especializado, además, en el tema de infancia y conflicto, lo que reflejó en el libro *La guerra no es un juego de niños*. En los últimos años ha dictado talleres sobre crónica y cuento en el Programa Relata (Red de Escritura Creativa) y de periodismo responsable con Medios para la paz. En Colombia, Brasil, Costa Rica y México ha dictado talleres sobre periodismo responsable en temas de infancia. Ha ganado en dos ocasiones el premio Simón Bolívar y en 2004 recibió el premio Vida y obra al mérito periodístico del CPB.

Enero

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		

Febrero

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28		

Marzo

D	L	M	M	J	V	S
						1
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30
31						

Abril

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

Mayo

D	L	M	M	J	V	S
				1	2	3
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

Junio

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30						

Julio

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	31			

Agosto

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

Septiembre

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30					

Octubre

D	L	M	M	J	V	S
			1	2	3	4
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		

Noviembre

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30

Diciembre

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31				

Contenido



Ganador

Categoría **profesional**

El mercado de Babel

Autora: María Fernanda

Ampuero Velásquez

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia



Ganador

Categoría **estudiantes**

Traficante de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

– Estudiante de Maestría en guión, narrativa y creatividad audiovisual – Universidad de Sevilla (España)

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra



Crónica finalista

Categoría **estudiantes**

El sastre que hace ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

– Estudiante de V semestre de Comunicación Social y Periodismo, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales

Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez



Crónica finalista

Categoría **estudiantes**

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuello

– Estudiante de IX semestre de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Sergio Arboleda Seccional Santa Marta

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

La mirada dignificante del periodismo al desplazamiento forzado

El desplazamiento forzado en Colombia exige que la sociedad civil, el sector privado, y el Estado en general aúnen esfuerzos, políticas, recursos y sobre todo voluntades para que aquellas familias que tuvieron que abandonar sus tierras, su pueblo, su gente, sus costumbres, su trabajo y, sobre todo, su diario vivir, tengan de nuevo un goce efectivo de sus derechos.

La compasión y el asistencialismo no pueden ser el motor de una sociedad para reparar a los hombres, mujeres y niños que por el conflicto armado, o por la violencia generalizada, o por violaciones a los derechos humanos o al derecho internacional humanitario se vieron sometidos al desarraigo... como tampoco lo puede ser para el periodismo registrar o contar las historias de estos colombianos sin tomar la fuente de sus sentimientos, que sometidos al dolor, se traducen en la semilla de esperanza para buscar un mejor mañana.

“Crónica Migrante: una mirada dignificante de un caso de migración interna o externa desde el relato periodístico”, se convirtió en un espacio que la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional, hoy Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, no podía dejar pasar para sensibilizar a cientos de jóvenes estudiantes de comunicación social y periodismo en diferentes partes del país sobre el desplazamiento forzado en Colombia.

El amarillismo, los titulares que abren noticieros enmarcados en sangre y violencia donde la muerte va en negrilla, poco espacio le dejan a aquellos géneros periodísticos de radio, prensa y televisión que van más allá, que cuentan la historia de los migrantes que se alejan de aquello que llena de miedo sus días para tener el derecho a una vida digna.

Las buenas noticias no siempre “venden”, pero el profesionalismo, la rigurosidad del trabajo periodístico en busca de la verdad para contarla, le ética y el respeto por los protagonistas de nuestras historias, nos obligan a dar una mirada dignificante al desplazamiento forzado para que estas víctimas de la violencia vuelvan a sus tierras o se reubiquen en otras con su dignidad en alto, una mirada optimista y su fuerza para luchar por un mejor mañana, donde sean protagonistas de su propio amanecer de la mano de una sociedad civil y de un Estado solidario y facilitador interesados en que sus sueños se vuelvan realidad.

Samuel Salazar Nieto
Comunicaciones
Departamento Administrativo para la Prosperidad Social

El encuentro con los otros

Los migrantes y los emigrantes se mueven por causas similares: buscan oportunidad. Algunos se mueven con la certeza de la posibilidad; otros transitan hacia el encuentro con la nada, incierta dimensión de la existencia humana que conduce a un estado de agonía, fijada por las maneras de sujeción impuestas por otros.

Entre los migrantes internos, las personas en situación de desplazamiento conviven con el miedo que les procura el seguir viviendo en medio de la adversidad; pese a tanta indignidad, el ímpetu de estos hombres y mujeres les conduce a transitar por otros caminos para resignificar sus maneras de estar en el mundo de la vida.

Frente a estas situaciones reales que concurren en nuestro país, en medio de las más diversas y variadas crisis de legitimidad, la OIM y AFACOM aunaron sus voluntades de trabajo con el apoyo decidido de otros aliados: el Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, el Programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores y de las universidades a través de los Programas de Comunicación Social y Periodismo, para reflexionar sobre las migraciones. Juntos hemos iniciado la apertura de espacios donde tienen lugar diálogos imperfectos: abrigamos la emergencia de otras miradas, de otras formas de nombrar lo existente, de repolitizar las acciones y de emancipación.

Hemos iniciado una tarea con los periodistas, los estudiantes y los profesores. Juntos hemos imaginado la posibilidad de escenarios distintos desde la agencia del comunicador; este es nuestro compromiso con el país. En razón de esto desarrollamos siete talleres a los cuales asistieron más de 850 personas, cuyas narraciones sobre los migrantes permitieron la apertura del concurso denominado Crónica Migrante. AFACOM puso en circulación documentos, investigaciones e informes, concernientes a este tema con el fin de dar fundamento a la opinión.

En una esfera más reducida, la del trabajo de gestión con la OIM, debo expresar mi reconocimiento y agradecimiento a Karen Mora y a Jorge Gallo, el rostro humano de la organización. Trabajar junto a ellos ha sido enriquecedor, su calidad humana y compromiso facilitan la toma de decisiones y, de manera importante, invitan a continuar edificando.

Luisa Fernanda Vallejo Cruz
Directora Departamento Comunicación Social y Periodismo
Universidad Central
Presidenta
AFACOM

Crónica migrante 2011: vidas en movimiento

Según el Glosario de Migración de la OIM, un migrante es aquel que ha residido en un país diferente al de su origen por un período superior a un año. Pero más allá de la formalidad académica, un migrante es un ser humano como todos, con sueños y necesidades, pero enmarcados entre el dolor del desarraigo y la esperanza de un futuro mejor. Es por eso que creemos que las historias de los migrantes, de sus sueños y sus necesidades, merecían un espacio como el concurso Crónica Migrante.

Asistimos a un momento en la historia de la humanidad en el que la movilidad hace parte integral de nuestras vidas. En el planeta hay aproximadamente 214, millones de personas, 3.1% de la población mundial, que migran por diferentes razones. Hace 25 años esa cifra era menos de la mitad y se ha calculado que podría llegar duplicarse en los próximos 30 años.

Colombia es un ejemplo claro de este fenómeno. Lo demuestran datos como el número de colombianos que viven en otros países (3,3 millones según el censo del DANE de 2005), los más de 3 millones de personas en situación de desplazamiento interno (según el DPS) y las cifras relacionadas con las poblaciones en zonas de fronteras, entre ellas grupos étnicos que temporalmente van y vienen desde y hacia los países vecinos.

Desde 1956, la OIM trabaja en Colombia para el bienestar de los migrantes y, entre ellos, los más vulnerables. Hoy en día, junto a programas tradicionales de atención a los migrantes, la organización ha rediseñado su plan estratégico para responder a los nuevos retos y prioridades del país, entre las cuales me gustaría destacar las actividades relacionadas con la reparación a las víctimas del conflicto, incluyendo la restitución de tierras, el desarrollo de las zonas de frontera y el manejo de riesgos en el marco de la emergencia producida por el fenómeno de La Niña. Nuestras prioridades también incluyen la trata de personas y la reintegración de aquellos que se desvincularon de grupos armados ilegales, tanto adultos como menores de edad. Todos estos temas son el reflejo de una compleja situación social, pero también representan la voluntad del Gobierno y la sociedad en su conjunto por resolverla y construir una paz sólida y duradera.

En el marco de la conmemoración de nuestros 60 años de trabajo en el mundo, con el apoyo del Departamento para la Prosperidad Social, el Programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores, y la Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios en Comunicación (AFACOM), convocamos a estudiantes y profesionales al concurso "Crónica Migrante: una mirada dignificante de un caso de migración interna o externa desde el relato periodístico".

celebrando cada día el oficio de comunicar

El proceso implementado para la divulgación del concurso se convirtió en un interesante espacio de reflexión, materializado en siete ciudades del país y al que acudieron más de 800 estudiantes y profesores de comunicación social y profesiones afines. En esos siete talleres se discutió sobre el fenómeno de la migración y se estimuló el cubrimiento periodístico responsable y ético de las temáticas relacionadas.

Como reconocimiento al esfuerzo e interés de los participantes compartimos a través de esta publicación los trabajos ganadores de las categorías estudiantes y profesionales, y dos finalistas de la categoría de estudiantes. Son cuatro historias que reflejan algunas de las situaciones que se presentan en un mundo en continuo movimiento.

Marcelo Pisani
Jefe de Misión en Colombia
Organización Internacional para las Migraciones – OIM

El Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda. apoya esta propuesta de la Organización Internacional de las Migraciones porque es su gusto y su opción celebrar cada día **el oficio de comunicar** lo que cuida y hace bella la vida en el planeta: los baños de sol y la luna en la ventana, los días de lluvia y las cometas al viento, el amor, la equidad de género, la felicidad de las niñas y los niños, el buen trato, la libertad, el consumo responsable, la esperanza, la compañía, la ciudadanía, el buen gobierno y otras muchas causas nobles, como la migración en condiciones dignas que beneficie a las personas migrantes y contribuya al desarrollo del país de origen y del país de destino, o la atención a la población en situación de desplazamiento forzado.

Aleida Sánchez B.
Dirección Creativa
Taller Creativo

El Mercado de Babel

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez



Ganador - categoría profesional

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia

El Mercado de Babel

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez

Una cosa es contarlo y otra es verlo. Olerlo. Escucharlo. El Mercado de los Mostenses de Madrid es –literalmente- eso que algunos llaman *melting pot*, la olla de la mezcla.

Y justamente de ollas va la cosa porque aquí, en estos alucinantes dos mil metros cuadrados, se encuentran los ingredientes para prepararlo todo: desde cebiche (sí, hay corvina, sí, hay concha prieta) hasta cous cous, borsh, asado, pollo massala o esos deliciosos e impronunciabiles platos chinos que uno, como niño, tiene que señalar con el dedo.

Paisajes de Las mil y una noches, el trópico más profundo, las pagodas, los zocos, un póster del Barcelona Sporting Club, un par de pandas dibujados, el Cristo de los Milagros, un gatito dorado con la pata levantada, un letrero de *Hoy no fío mañana sí*, incienso, las montañas de Cochabamba, un narguile, luces navideñas en abril... La decoración de los 99 puestos del céntrico mercado es una metáfora de la ciudad. La olla de la mezcla: el 17% de los seis millones de madrileños nació fuera de España.



"¿Quién va?", "¿qué más te pongo?", "¿a cuánto el tomate?", se funden diez, veinte, cincuenta acentos distintos entre el inconfundible aroma de las hierbas, las frutas y las especias que a cada uno, transportado a la infancia, le recuerdan la cocina de su casa, las manos de su madre. Magia. En el Mercado de los Mostenses también se vende magia.

Cebiche chino

Como la de Lyly, la maravillosa Lyly y su marido Xiao (al que algunos llaman "Juan" y otros "Luis", según el día) que de su cocina sacan sopa de mote, churrasco, lomo saltado y cebiche, pero también cerdo agri dulce, sopa de won tong y otras glorias de la gastronomía oriental. Porque, claro, Lyly y Xiao son chinos, pero su restaurante se llama Exquisiteces Latinas. "¿Por qué?", le preguntamos frente a un plato de arroz chaufa (¡ide muerte!) y ella explica, en su español sin artículos, que el local pertenecía a unos peruanos y que, al comprar el traspaso, decidió mantener el nombre y también los platos. "Marido va restaurantes peruanos para sabor", explica, pura risa, pura dulzura. Xiao ni aparece, está en la diminuta cocina lidiando con la inexplicable manía latinoamericana de comer pescado crudo con limón.





La madrileña es peruana

Abajo, en la pescadería La Madrileña, no dan abasto. Chicharro, jurel, tollo, palometa, toko... Entre hielos y con el ojo sorprendido, decenas de pescados de todos los mares del mundo se ofrecen a compradores de todas las tierras del mundo. La Madrileña tiene un nombre inconfundible, pero lo que confunde es que su dueño, Manuel Tisnado, no haya crecido en la castiza Plaza Mayor, sino allá, al otro lado del mar, en Lima. Otra vez, "¿por qué?" Y él cuenta que así se llamaba el local cuando lo compró al madrileño pescadero y que así quedó. El nombre es lo de menos, lo que despierta emoción es que en el puesto de Manuel se pueden comprar pedacitos del Pacífico, esos que –caprichoso paladar– saben a lo que debe saber un pescado y no se hable más.

El también peruano César Benites sí cambió el nombre a su local. Él no le da importancia, pero el día en el que las letras "Frutas Benites" (en rojo flamante) reemplazaron las de "Frutas Otero" debe de haber sido uno de los más felices de su vida. Después de años de dura inmigración y de "vender papas y cebollas para otro" (Otero) por fin era el propietario y aunque "trabajo más que antes" se emociona al pensar que sus hijos van a heredar una forma de ganarse la vida que tiene su apellido. Su empresa familiar. "Mi pequeña empresa, sí".

"Madrina, otro bollo"

Blanca Sánchez y Mario Flor están abrigados como si se fueran a Groenlandia. Llevan 15 años en Madrid y el frío todavía les saca lágrimas, a ellos que son pura risa. La nostalgia por el calor es una de las más feroces, sobre todo cuando el invierno parece inagotable, eterno. Su bar, en una esquinita del mercado, es un altar de la ecuatorianidad con su bandera, sus suces, sus fotos del Malecón 2000 y, por supuesto, su oferta de bollo de pescado, encebollado y bolón con chicharrón. La gloria como quien dice. Tras un par de cervezas la amistad es irrompible. Blanca cuenta que en estos años ha visto transformarse Madrid no en el mestizaje racial ni en la variedad de idiomas, sino en la oferta del mercado. "Cuando yo vine había 350 ecuatorianos en España (!!). El verde y la hierbita había que comprarlos a precio de oro en El Gourmet de El Corte Inglés", cuenta de esos primeros tiempos y para





Son las tres. Se van rengueando los últimos carritos de la compra y sus propietarias. El fin de la jornada lo anuncia el chirrido de 99 rejas y los diez, veinte, cincuenta acentos que comentan la jornada. Emociona que gente de tantos sitios distintos, con creencias, anhelos y pasiones quizá irreconciliables puedan convivir en armonía. Eso es lo que hace único a los Mostenses.

Pero una cosa es contarlo y otra es verlo.



sorprender añade: "¡el ramito de hierbita salía a mil pesetas!". ¿Y eso cuánto es? Pero Blanca, contagiada por el mal de gran parte de los españoles, no sabe traducir a euros. Se ríe: "¡un platá!". Alguien le pide otro bollo y otra cerveza. Más amigos, más risas, "¿tú qué eres, barcelonista o emelecista?". Si no fuera por el frío...

Boguerones y mote

Terminamos el recorrido en el local más antiguo: el de Faustino Barroso, 42 años detrás del mostrador y el último propietario de su generación. No quiere fotos, no se siente importante como para estar en una revista. ¡Pero si ha sido el testigo de toda esta inverosímil transformación! Sonríe halagado. Al lado de sus quesos curados, el azafrán, los boquerones en vinagre y los pimientos del piquillo tiene harina para arepas, mote, papa seca. "Me pedían, pedían, pedían, yo no sabía qué eran esas historias", cuenta de los clientes de los primeros tiempos de la inmigración. ¿No había extranjeros cuando abrió el mercado, hace 58 años? "Sí, venían los catalanes del Centro Catalán de Plaza de España", ríe con picardía.



Traficante de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra



Ganador - categoría estudiantes

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Traficantes de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Maleta en mano, pequeña para despistar. Cámara fotográfica colgando del cuello. Gafas oscuras, bufanda en croché y jersey negro, gorro francés coquetamente inclinado hacia adelante. Lugar: aeropuerto internacional Alfonso Bonilla Aragón en la ciudad de Cali, Colombia; temperatura: 32° a la sombra.

Rosa María Esguerra¹, zapatera de oficio, emprendedora por convicción y negociante de lechonas, pulseras y rifas por necesidad, camina firmemente por el pasillo de embarque del aeropuerto. Atrás, su familia contiene las lágrimas para no delatar su partida definitiva. Rosa viaja con la promesa legal de retornar al país al término de sus vacaciones, pero con la convicción absoluta de no volver hasta conseguir dinero suficiente para pagar las deudas del viaje, la hipoteca de la casa y el estudio de su último hijo. Su mayor dolor, tejer el camino de ida sin saber cuándo lo deshará de vuelta; peor aún, desconocer si al volver encontrará a todos los que deja al partir. Corre el año 2001 y Rosa se revienta en un llanto silencioso que mezcla la emoción de su primer viaje en avión

y la incertidumbre de lo que vendrá. La azafata anuncia el despegue del vuelo de Iberia con destino a Madrid.

Ya en el avión no hay reversa. Será la primera de más de 50 emigrantes conocidos a quienes ayudará a escapar de la realidad colombiana, aquella que anuncia una deuda para asegurar el fin de mes, la que impulsa la creatividad financiera y convierte en profesionales de la arepa y el chocolate a madres solteras, en taxistas a ingenieros, en comerciantes a madres desesperadas.

Nadie espera a Rosa en Madrid. Sola, sin una mínima idea de cómo proceder, camina llevada por el instinto sobre las rampas de desplazamiento de la Terminal S4 del Aeropuerto Internacional de Barajas. Sigue la masa, esperando que el camino se acabe y ella tenga el tiempo de preguntarse para donde va. Sin embargo, al pasar del tiempo la opción sigue siendo la misma; caminar hacia adelante sin mirar atrás, como lo ha venido haciendo desde que tomó la decisión de emigrar.



¹ Nombre ficticio para proteger la identidad de la fuente.

Cinco años después mi madre, también zapatera y traficante de artesanías y colonias, consideraría seriamente seguir el mismo camino.

- Y que van a hacer ustedes? Preguntaba mamá.
- Ya estamos grandes y sabremos cómo actuar. No somos unos bebés, mamá.

El gran dilema era papá. Lo suficientemente joven para continuar pero demasiado viejo para el mercado laboral, papá depositaba sus esperanzas en la ilusión de viajar a España y trabajar al lado de su mujer. Un sin número de improvisaciones financieras lo habían llevado a hipotecar la casa, abandonar el empleo, ser víctima de robo por un mal llamado abogado familiar, caer reiteradamente en estafas por internet y, finalmente, desistir de cualquier posibilidad de continuar intentándolo, ya sea por falta de financiación o por carecer de fuerzas para volver a perder.

Rosa era un espejismo sonoro; entraba a casa en forma de voz electrónica recorriendo el Atlántico en un par de segundos, tiempo que se veía evidenciado por la des-sincronización entre sus preguntas y mis respuestas. Sin conocerla, atendía su llamada puntual cada domingo en la mañana y me convertía en testigo de su europeización progresiva; mudaba su acento, elevaba su tono de voz y suprimía sistemáticamente las S's al final de sus palabras. Hola, hijo, me pásaj a tu madre?

Al final del pasillo se vislumbra entre la multitud la entrada a una estación de Metro. A pesar de haber cruzado el Atlántico en un Airbus A330, Rosa ignora por completo el procedimiento para acceder a la estación. Cali sólo cuenta con rutas de buses con nombres pintorescos como Papagayo o Crema y Rojo, que

paran en cada esquina ante la señal inequívoca de un posible pasajero agitando el dedo estirado o cada que la puerta trasera acumula tantos pasajeros ansiosos de bajar y el chofer tantos insultos que no le queda de otra que detenerse. Aquellos métodos no parecen muy apropiados para ser aplicados en este sistema, a todas vistas, más sofisticado. No le queda de otra que preguntar en información.

- Ay, mire niña, es que yo vengo solita y no conozco a nadie acá. Por qué no me hace el favor y me dice como es que yo hago para ir a donde salen los aviones pa Sevilla. Yo voy pa Sevilla y no sé ni como hacer ni ná.
- Señora, debe tomar el metro en dirección Terminal S4 hasta la última estación. Ahí pregunta usted y le pueden indicar...
- Ay, pero yo no sé coger eso!
- Permítame le explico...

Nunca pensé que ver cruzar a mi madre la puerta de emigración fuera tan duro. A mis 23 años, con la carrera casi terminada y



con una independencia económica ganada a base de trabajo como profesor en un colegio privado a escasos quince minutos del aeropuerto, ver partir a mi madre sin fecha de regreso significó el derrumbe emocional de mi aparente valentía. Una semana antes, tras la aprobación de su visa y su regreso de Bogotá, había dedicado mis ratos libres a transportarla por la ciudad despidiéndose de sus amigas. "Sí, Rosa me ayudó", les repetía a todas exhibiendo una mirada de Gioconda criolla que podría preceder el llanto o la risa. En cada visita me burlaba un poco de la reacción de sus amigas al recibir la noticia sin sospechar siquiera la reacción que tendría ante su despedida; conversábamos un poco en cada trayecto y aparecían en cada conversa las mismas preocupaciones repetitivas: pobrecito su papá... y si se enferma su abuela..? y a ustedes, muchachos, no les da pesar..? Mamá nunca había salido de casa. En realidad, hasta entonces nunca nadie en la familia había salido de casa para vivir por fuera. No imaginábamos el vacío que se sentiría.

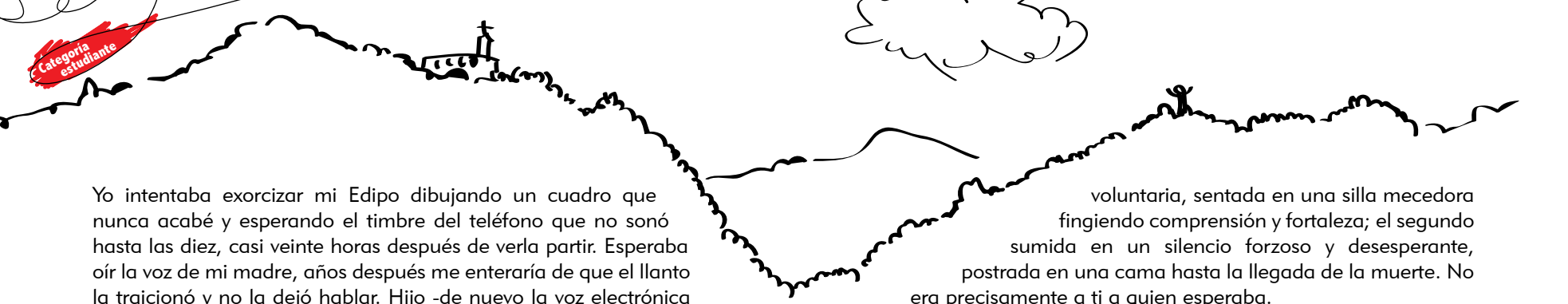
Aún con el jet lag en la cabeza, Rosa María limpia polvo, barre, trapea, guisa, lava platos, vuelve a trapear, intenta comprender el funcionamiento de la plancha vaporeta y descubre el lavavajillas, todo esto muerta de sueño, para luego volver a la cama sin poder pegar el ojo. La primera semana es de llantos, llamadas y trabajo; comunicaciones constantes con sus hijos en Colombia, sesenta céntimos y tres lágrimas el minuto.

- Te vas a enfermar si no descansas. -reclama Virginia, la abuela tierna cuya única misión es dejarse cuidar- Ven aquí, hálame de tu país.

Rosa reconstruye una versión maquillada de los problemas y los privilegios de su país. Recuerda el verde montañoso que observó por única vez desde el aire y lo compara con el ocre árido de los paisajes españoles; minimiza un poco los ya conocidos problemas de violencia y narcotráfico, destacando más el calor de la gente, la sonrisa festiva, el chontaduro y el raspao del parque de las banderas; la Feria de Cali, la salsa en Juanchito, el paisa que canta y la rubia que baila. "Allá todo es muy lindo!" Por primera vez desde que salió, Rosa logra recordar su tierra sin pagar las tres lágrimas por minuto y sin tragar entero.

Al aeropuerto fuimos todos los de casa; mi papá, mi hermano, mi abuela y mi madre, quien sería la única en no cruzar la puerta de casa al volver en la noche. Mi otra abuela, la madre de mi madre, descansaba en su casita de esterilla en el campo, sabiendo que su hija partiría pero sin saber exactamente cuándo, una estrategia ideada por mi madre para evitar el sufrimiento de pensar que su hija se iba alejando, para evitar ver, como vimos nosotros, como el túnel de embarque se la iba tragando.

El silencio ocupó el lugar de mi madre en casa. Intentábamos no hablar para ignorar su ausencia; mi padre observaba las noticias de la televisión española que entraba por cable, mi hermano paseaba con su novia fuera de casa y mi abuela, afectada por el alzheimer, preguntaba dos veces por hora dónde estaba mamá.



Yo intentaba exorcizar mi Edipo dibujando un cuadro que nunca acabé y esperando el timbre del teléfono que no sonó hasta las diez, casi veinte horas después de verla partir. Esperaba oír la voz de mi madre, años después me enteraría de que el llanto la traicionó y no la dejó hablar. Hijo -de nuevo la voz electrónica de Rosa con dos segundos de retraso- tu madre ha llegado, eh, que lo sepas. Está bien, pero ej que ahora mihmo ehtá en el baño y no puede hablar, sabes...?

Unos meses necesita una familia para empezar a recoger los frutos de un inmigrante. Trabajando día y noche, más concentrada en los cuidados de Virginia que en las tareas del hogar, Rosa reúne la primera mesada grande y la multiplica por dos mil setecientos enviándola a Colombia para cubrir deudas, comprar regalos e invitar a comer a vecinos y amigos en el corrientazo de la esquina.

Unos días necesita un grupo de vecinos para entender que el negocio funciona. No tardan en llover solicitudes de ayudas para atravesar el charco en busca de oportunidades, preguntas sobre el procedimiento, ofrecimientos de grandes pagos, aunque sea a posteriori.

Una o dos vidas necesita una madre para perder las esperanzas de que su hijo regrese. Para la madre de Rosa dos vidas se resumen en un par de meses. El primero asumido con una espera silenciosa y

voluntaria, sentada en una silla mecedora fingiendo comprensión y fortaleza; el segundo sumida en un silencio forzado y desesperante, postrada en una cama hasta la llegada de la muerte. No era precisamente a ti a quien esperaba.

Dos meses después de la partida de mi madre, su madre -mi abuela la del campo- empieza a reemplazar las cuatro paredes de esterilla por muros de ladrillo y cemento mezclado con cal; las deudas familiares con prestamistas menores empiezan a saldarse; mi hermano coquetea con la posibilidad de trabajar en España; mi padre continúa conectándose todos los días a la televisión española a través del cable. Yo sigo trabajando como profesor cerca al aeropuerto y preparo tortas de banano los domingos para mi abuela paterna en casa, quien sigue preguntando dónde está mi madre, a lo que todos hemos acordado responder que ha salido esta mañana para Bogotá y que volverá mañana temprano; mi abuela ha acordado consigo misma olvidarlo cada media hora y volver a preguntarlo llena de curiosidad, obteniendo siempre la misma respuesta que le suena tan nueva como el pasado que ya no recuerda... En Bogotá...? Y por qué no me habían dicho!

Un día cualquiera mi abuela cae al suelo y no vuelve a pararse. Un derrame cerebral la acuesta en cama y queda bajo la custodia de tres hombres que poco a poco aprenden a bañarla, vestirla,



cambiarla, darle de comer y arrancarle media sonrisa en la mitad del rostro que todavía puede mover. Poco a poco la abuela se apaga y su memoria decide olvidar algo más que recuerdos a corto plazo; un día decide olvidar cómo hablar, otro día olvida cómo levantar ambos brazos, al siguiente olvida cómo tragar. Finalmente sus ojos olvidaron la facultad de abrirse, su corazón la de latir y sus pulmones la de respirar. Hubo algo que el alzheimer no pudo apagar; sus ojos continuaron mirando, su corazón amando y sus pulmones dándonos aliento para continuar. Así, finalmente, se apagó la abuela, quedando para siempre encendida en nuestras memorias. Mi madre levantó una oración en silencio que se juntó con las nuestras, a 10.000 kilómetros de distancia y un cuarto de día más temprano.

Rosa entendió rápido que el negocio estaba en traficar esperanzas. Tomando como fiador la palabra de sus vecinos, consigue ofertas de trabajo para inmigrantes desde España y presta el dinero para que vecinos y amigos atravesasen el atlántico y se embarquen en la aventura de cobrar en Euros. El sueño europeo toma fuerza en Mariano Ramos; en poco tiempo, el barrio ve partir a la vendedora de chance, la mujer del mazamorrero, la señora del granero, la hija del tendero, la esposa del camionero... dos o tres hombres están en la lista, pero son las mujeres las más apetecidas. En prolongadas y repetidas conferencias telefónicas, Rosa explica detalladamente cómo presentarse en Bogotá para la visa, dónde comprar el pasaje para España y cómo abordar el metro al llegar a la Terminal S4 ya en Madrid. Así las cosas, la recua de mujeres y el puñado de hombres son recibidos sin problemas en el aeropuerto de Sevilla Capital. Ya en España, Rosa cobra por cuotas el dinero prestado y unos intereses considerables que le inyectan capital al negocio del tráfico de esperanzas.

Mi madre llega al aeropuerto de Sevilla ahogada en llanto, con la firme convicción de traer a su familia, sin imaginar que pasarán cuatro años sin volver a Colombia, que al volver no encontrará a su suegra y será la última vez que se reúna con su esposo. En la puerta de llegadas, Rosa la espera preocupada por el retraso. Ya, hija, no llores más. Vamos a casa y llamamos a tu familia que debe estar preocupada.

Cuatro años han pasado desde la partida de mi madre. Mi padre, mi hermano y yo esperamos en el aeropuerto; mi abuela espera noticias desde la comodidad de su casa en el campo, siguiendo el método de anunciar la llegada sin una fecha determinada para evitar la angustia de pensar en los riesgos durante el vuelo. Habíamos despedido una mujer mayor y asustada con lágrimas en los ojos; hoy recibíamos de vuelta una mujer rejuvenecida que vestía jeans y una enorme sonrisa que no cupo en la maleta y tuvo que traer puesta. Durante dos meses lucimos la misma sonrisa como uniformados en casa; sabíamos que de vuelta a España regresarían mi hermano y mi madre, pero no sospechábamos que dos meses después yo viajaría ayudado por una beca de la Unión Europea para estudiar un Master en Formación. Sólo quedaría mi padre, quien esperaría pacientemente la tramitación de los documentos para su reagrupación.

Para mí vino Europa, los estudios, las conversaciones en tres idiomas y medio. Me enfrenté a este continente con una beca que me permitió estudiar y recorrer Portugal, España, Francia e Italia a mi antojo, bajo una condición social bastante diferente de la de mi madre, Rosa y mi hermano. Descubro, entonces, que la discriminación es social y no étnica, por lo menos con los inmigrantes.

De los viajes, las fiestas y los estudios, he hecho amigos, conocidos, compañeros y uno que otro allegado. Es 6 de julio de 2010, ha pasado un año y nos reunimos en la playa del Miracle en Tarragona para celebrar mi despedida, esperando el festival de fuegos pirotécnicos junto al mar. Viajaré mañana, pasaré tres meses en Colombia con mi padre y mi novia, vestiremos todos la sonrisa uniformada que lucimos con mi madre cuando la recibimos en Colombia. La reagrupación de mi padre está bastante adelantada, así que es posible que vuelva con él al regresar a Europa para terminar mi Master.

Van siendo las diez de la tarde y el sol todavía no se esconde.

En casa, mi padre prepara las cosas para recogerme en el aeropuerto el día siguiente.

Algunos amigos ya están en la playa. La noche se acerca con parsimonia.

Mi madre, en Sevilla, intenta comunicarse con mi padre.

El teléfono repica en el bolsillo de mi padre. Nadie contesta.

La noche cae lentamente. Se prepara la mecha para encender los fuegos.

Mi madre recibe una llamada a su móvil. Atiende.

Recibo una llamada a mi móvil... atiendo.

Mi padre, a diez mil kilómetros del resto de su familia, ha decidido no esperar mi llegada al día siguiente. Ha cerrado sus ojos y se ha quedado dormido para no volver a despertar. Ha muerto solo, sin más.

Una llama enciende la fiesta de los fuegos artificiales en Tarragona. El Mediterráneo refleja las explosiones de colores que iluminan el cielo en destellos parpadeantes. Y yo, sumergido en esa noche negra de fuegos y fiesta, no veo luces ni escucho explosiones... sólo intento atrapar el momento en que mi padre se zambulló en la misma noche, convirtiéndose en el emigrante eterno que ya nunca vuelve, dejándonos esperándolo justo en la puerta de nuestro reencuentro.

Esperaba encontrarlo al llegar al aeropuerto, en Cali. Abrazarlo, preguntarle cómo ha estado, ver su cara de felicidad al volver a verme y al saber que pronto estaría del otro lado del Atlántico, con su mujer y sus hijos. En lugar de eso, encuentro un par de mujeres que me aman e intentan sobreponerme del vacío. La primera mi

novia, quien me consuela; la segunda mi madre, quien ha viajado 10.000 kilómetros para despedir a mi padre, para decirle adiós y desearle buen viaje.

Un año después, mi abuela continúa en su casa en el campo construida enteramente en ladrillo gracias a las remesas de mi madre; mi hermano ha conseguido un trabajo y ha comenzado la Universidad; mi madre continúa trabajando para enviar algo de dinero; la crisis económica y la nueva legislación laboral han quebrado el negocio de tráfico de esperanzas de Rosa, quien también continúa trabajando como empleada del hogar. Yo empecé otro Master, esta vez sin beca y sin la posibilidad de viajar, bajo las mismas condiciones de cualquier otro inmigrante.

El 6 de Julio de cada año, en Tarragona, el cielo continúa haciendo fiesta para celebrar la llegada de mi padre, el único verdadero emigrante de esta historia. El único capaz de comprar un billete de ida sin regreso en medio de una enorme fiesta celestial.



Crónica finalista - categoría estudiantes

El Sastre que hace Ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez
Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez



El Sastre que hace Ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

24 años bastan y sobran para que en una vida ocurran los cambios más abruptos y desconcertantes. Carlos Mejía cambió la máquina de coser, los hilos, ojales y moldes por un uniforme verde pálido e instrumentos para intervenir válvulas. Lejos quedó la imagen aciaga de sastre ilegal que había anclado en territorio gringo persiguiendo el sueño americano, la sombra débil de un migrante indocumentado.

Hace años la historia era diferente

En medio de la crisis económica que vivió Colombia, derivada del boom de las drogas en los años 80, Carlos entró en quiebra. La sastrería, oficio familiar de más de cinco generaciones, sucumbió ante el opaco panorama. No había ganancias y por ello la historia empezó de nuevo; el impulso joven, la búsqueda de oportunidades, el salto a ojos cerrados hacia la aventura, hacia lo desconocido. Pero esta vez no tenía 14 años y la capital no era su destino.

Sus ojos miraron al norte, y a partir de allí no volvieron atrás. Con tres mudas de ropa y algo más de 500 dólares en los bolsillos emprendió el viaje. Un viaje de esperanzas en valijas y tres horas de vuelo. Bienvenido a Estados Unidos.

Ahora estaba en Miami, con el clima fresco y cálido de 3.000 horas de sol al año. Bordeado de llanuras y palmeras, en medio de los edificios altos y blancos, exuberantes dibujos de la potencia industrializada. Llegó a esta ciudad estadounidense por azar y fue allí donde finalmente logró conseguir trabajo a manos de un uruguayo. No era el mejor puesto, pero eso no era lo importante. Durante siete meses se levantó junto al cielo dormido de las 3 de la mañana, entre el letargo de quienes aún soñaban y la oscuridad de un sol que aún no había nacido. Para coger tres autobuses y un metro y así llegar a las 8:30 a.m puntual a la sastrería en Miami Beach. Eran cinco horas y media, casi lo mismo que se tardaba en regresar si se tiene en cuenta que terminaba la jornada a las 6 y llegaba a su casa a las 10:30 de la noche.

No faltaron las razones para que pronto se impusiera la tarea de encontrar otro trabajo. Por ello y por la recomendación de un conocido, se fue a Nueva York. Lejos de la ciudad que lo recibió y lejos de su mujer, que ya tenía algunos meses de gestación.

Así empezó el nuevo viaje, esta vez acompañado. Dos amigos serían su respaldo, en una cooperación recíproca por sobrevivir en la ciudad desconocida. Pero los planes no se lograron, y el resultado fue muy



distinto. Como una imagen premonitoria de la vida en el extranjero, Carlos llegó solo a la gran manzana.

Sus amigos se fueron en otro vuelo y no volvieron a encontrarse. Empezaba entonces desde cero, con 100 dólares empuñados en la mano, la voz trémula de un hispano que no entiende el idioma y la preocupación a falta de contactos o conocidos.

Después de escudriñar durante un buen tiempo en la fila de taxis que se apilaban en la salida del aeropuerto JFK, se montó en el de la cara de latino. Este lo llevó a un hotel barato de 30 dólares la noche. En el camino y como muestra de solidaridad le mostró algunas lavanderías cercanas para que consiguiera trabajo. Pasó un día entero antes de que se atreviera a salir del cuarto de hotel. El mundo fuera de esa puerta parecía excesivamente grande y agobiante.

Sin embargo, superado el pánico inicial, salió a la calle y lo emplearon. Tomy, un italiano de Brooklyn que hablaba español se conmovió con la historia y le dio trabajo de sastre por nueve meses. En navidad se devolvió a Miami a ver el nacimiento de su hijo y reencontrarse con su esposa Marta. Allí se estableció y consiguió un buen salario, al menos para un migrante acostumbrado a menos de la mitad del pago normal.

Los frutos del esfuerzo

Así empezaron los buenos tiempos. Se pudo conseguir su primer apartamento y al año, su propia máquina de coser; creó una red de trabajo. La vena artística que fluía por sus manos le dio cierto estatus en el negocio, un talento protagonista que empezó a sobresalir en sacos bien confeccionados, puntadas y cortes limpios.

Siete años transcurrieron hasta que consiguió apartamento en Miami Beach. En un edificio blanco de 500 apartamentos, con una terraza en colores cobre que recibía los reflejos del agua y las velas de los buques que a lo lejos se disponían a navegar por la Bahía Vizcaína. A pocas cuadras del imponente complejo de edificios beige del Mount Sinai Medical Center. Delimitado por las avenidas Alton Road y Julia Tuttle Causeway.



Debido a la cercanía del Hospital, en el edificio vivían varios médicos, la mayoría de otros países. Por eso no fue extraño que en una de esas actividades de socialización que se realizaban periódicamente, entre cocteles y charlas en la piscina, Carlos conociera a David Paniagua. El médico más joven graduado en medicina y cardiología de Costa Rica, con un record de calificación de 100 durante toda la carrera. Y que allí se entablara una amistad. Tampoco que conociera a Francisco López Jiménez, un médico mexicano que estaba en el país validando medicina y cardiología.

De inmediato surgió la simpatía, y la agrupación de unas personas que se entendían en su condición de extranjeros.

Así nació el proyecto

Ahora había reuniones semanales, con charlas, vino y comida. Todos eran amigos y sorteaban los días y la cotidianidad con

pequeños planes que rotaban de sala en sala, pero que casi siempre tenían como lugar central el apartamento de Carlos.

En una de las conversaciones, David y Francisco empezaron a hablar de una idea que hace tiempo les rondaba en la mente, de un proyecto médico que habían sopesado pero que aún no se materializaba, que por el momento solo existía en palabras.

Carlos escuchaba curioso, con el interés que despierta un tema atrayente, con una que otra pregunta suelta pero sin ningún aporte de ideas. Después de todo no era médico y a ese mundo científico, profundo y complejo, solo se acercaba como lo hace cualquiera. En la formulación de pequeñas hipótesis sobre la causa de una gripa, o los posibles tratamientos y remedios para una indigestión.

Luego de un tiempo David se fue a Harvard para hacer una especialización en intervencionismo. Pero la idea no quedó congelada, estaban decididos a impulsar el proyecto: a idear la forma de hacer una cirugía subcutánea para un trasplante de válvula. Y así empezaron los primeros pasos, ensayando en válvulas de cerdo, a prueba y error. Pero todo fue más error que cualquier otra cosa. "David me preguntó que si los podía ayudar y me trajo una válvula para que mirara a ver", menciona Carlos con manos agitadas. En él reconocieron la habilidad manual para realizar ese trabajo delicado, la manipulación de materiales no convencionales, instrumentos y elementos de reducido tamaño.

El arte en las venas

"Yo desde muy niño he desarrollado una habilidad que nace de mi propia inquietud. Desde los 5 o 6 años no podía pasar por un basurero porque recogía lo que me llamaba la atención, lo

llevaba a la casa y empezaba a trabajarlo con cuchillos, trataba de transformarlo, de moldearlo". Dice ahora en medio de la nostalgia y los retazos de recuerdos de los días de infancia.

Carlos jugaba a crear barcos y figuras en madera, tallaba y ponía al fuego. Era una curiosidad expuesta en cuadernos de dibujo, en su sensibilidad a la creación. Con ese mismo espíritu de artista se las ingenió en la sastrería. Y su concentración no se ocupaba de bordados o moldes, de realizar patrones con costuras y dobladillos o coser bolsillos. Ese ya era un arte dominado. Imaginaba piezas con materiales no convencionales y hacia chaquetas de periódico y blusas de plástico.

"Si uno tiene un poquito de imaginación siempre hay forma de salirse de lo convencional, en ese momento esto me sirvió mucho. A mí siempre me gustó ir más allá de lo que me enseñaron, aunque se tenga el mejor maestro en la vida no hay que conformarse".

Y por eso tomó la sastrería como elemento de expresión, no tenía la capacitación de un pintor o la técnica de un escultor, de hecho no había terminado el bachillerato, pero eso no fue impedimento.

De la sastrería a la investigación

La pasión que cultivó por más de 20 años se convirtió en el motor de nuevos caminos. Y de repente este sastre se volvió investigador, y se encontró inmerso en el campo de la medicina. David y Francisco tenían la capacidad académica, el conocimiento, y él la habilidad. Pasó a convertirse en las manos de aquellas mentes científicas.



"Mire Carlos hay un catéter que es lo que se usa para una valvuloplastia pero no sirve para lo que nosotros queremos, necesitamos uno así", le decía David. Y él, después de salir del trabajo, recogía todos esos instrumentos quirúrgicos o los que encontraba en ferreterías, los disponía en la mesita café de su sala de estar y con la luz opaca de una lámpara empezaba a desarmarlos e intercambiar piezas, a unir, cortar y desechar, todo en un intento por modificarlos y encontrar la curva correcta, el ajuste que generara el movimiento preciso, a la medida anatómica del cuerpo humano.

Hacía modelos con mangueras de las curvas que tienen las venas y las arterias antes de llegar al corazón. En esta época hubo muchos tropiezos e intentos fallidos, fines de semana dedicados de lleno a materializar el proyecto y volverlo realidad. Horas y horas dedicado a este oficio, pasaban las 2 y 3 de la mañana con los ojos abiertos y desvelos que divagaban entre ideas y posibles soluciones. Tanto esfuerzo terminó por afectarlo, en su economía y en su trabajo. Le quitaba tiempo y horas en la sastrería, que aun era su única fuente de ingresos.

Esta fue la razón por la que David y Francisco, que tenían los salarios de quienes apenas se están integrando a la comunidad médica estadounidense, destinaron una parte de sus ingresos para que Carlos se dedicara 3 días a la semana al proyecto.



Era un procedimiento innovador, un implante por vía percutánea de válvula al corazón, dispositivo que disminuye la insuficiencia valvular. Una enfermedad importante, un problema de salud común que afecta a muchas personas en todo el mundo. Solo en EEUU existen 200,000 casos que requieren cirugía valvular.

Dicha cirugía es de corazón abierto, lo que implica varios riesgos y posibles complicaciones. La mortalidad en pacientes con bajo riesgo puede ser de 1 o 2% pero puede llegar a 10 y 20% en otros. Además de esta cirugía, no hay otras alternativas para pacientes que presenten esta deficiencia valvular.

He aquí la importancia del proyecto, "A new percutaneous endovascular device to decrease valvular insufficiency". Es un sistema de tubos plásticos que se parece al árbol arterial, y que conectado a una unidad de bombeo, hace circular los fluidos, imitando la función del corazón.

"Antes el procedimiento era completamente diferente, teníamos el trasplante y el remplazo de válvula, pero hacerlos percutáneos es partir la historia de la cardiología, desde ese punto, en antes y después". Dice Carlos con la mirada de orgullo que brota desde un éxito próximo a asomarse.

Empezaron a partir de nada, y 12 años después el trabajo está casi terminado. En los últimos ocho se vincularon al proyecto el cirujano Eduardo Induni del Hospital México de San José, Costa Rica. Al igual que David Fish, cardiólogo e intervencionista norteamericano, director general del Laboratorio de Cateterismo Cardiaco del Texas Heart Institute, galardonado con el premio médico - científico del National Heart Lung & Blood Institute, y dueño de la patente de un dispositivo de cateterismo dirigido a distancia.

La investigación tiene también el apoyo de instituciones como el St Luke's Episcopal Hospital, el Centro Médico Mount Sinai, el Hospital México de Costa Rica y el Hospital Brigham and Women, de la Escuela de Medicina de Harvard.

El proyecto ya tiene financiación. Ahora Carlos Mejía es uno de los nombres que aparece en revistas como *Circulation* de la Asociación Americana del Corazón y la del Texas Heart Institute. El nombre de un colombiano migrante que llegó a Estados Unidos 24 años atrás, en busca de oportunidades y que ahora camina codo a codo con los grandes de la medicina, en cuyas manos se encuentra el destino de ingeniar nuevos procedimientos para mejorar la calidad de vida, pero sobre todo, para salvar vidas.



Crónica finalista - categoría estudiantes

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuello

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuervo



Relato de un pueblo desplazado

Hace 11 años, los residentes de este caserío empezaron su travesía. Ésta ha terminado; ahora están parados en el tiempo mientras la sociedad los ignora y los deja atrás.

Con calma, una tras otra, las pequeñas olas de la Ciénaga Grande de Santa Marta rompen en la orilla de La Caribe. Vienen impulsadas por el viento desde el otro lado del complejo lagunar, de Bocas de Cataca, sector de donde es oriunda esta estirpe que,

al estilo de Cien años de soledad, parece no tener una segunda oportunidad sobre la tierra debido al olvido de los gobernantes, o a su propia ignorancia y desespero.

La Caribe es un caserío fundado por familias de pescadores, desplazadas por la masacre de Bocas de Cataca (Trojas de Aracataca para otros), ocurrida el 11 de febrero del 2000 a manos de un grupo paramilitar de la zona.

"Muchos años antes, cuando el pelotón de fusilamiento se fue..."

En ese caserío, donde ni las garzas quieren aterrizar, vive el viejo Juan Garizábalo. Este patriarca es el José Arcadio Buendía de este pueblo ubicado en el estuario que la Ciénaga Grande de Santa Marta forma al mezclar sus aguas con las del mar Caribe a la altura del municipio de Pueblo Viejo, en la carretera que comunica a los departamentos de Atlántico y Magdalena. Él fue el primero en llegar a esa zona a causa de una amenaza de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) al mando de 'Jorge 40', en que lo señalaban de 'colaborador de la guerrilla', a él, un simple pescador de ciénaga.

Garizábalo llegó a ese lote en el que sólo se levantaba una construcción en ruinas, que en épocas de la marimba, según afirma él mismo, "era como un hotel en que escondían los cargamentos que en la noche eran sacados mar afuera" por pescadores de la zona. Esa construcción casi derrumbada es su casa. Allí habita solo.



Tiempo después, los mismos que amenazaron a Juan volvieron por la zona en seis lanchas. Sacaron a los siete hombres de sus casas y los reunieron en la plaza frente a la iglesia al atardecer. Tras señalarlos de colaboradores de la guerrilla dispararon a sangre fría. Los sobrevivientes quedaron con un plazo de 24 horas en su contra.

Eso ocurrió el 11 de febrero de 2000; al anochecer, las familias salieron del pueblo aprovechando la oscuridad y la pasividad de las aguas de la Ciénaga Grande. Esas que atestiguaron tanto la masacre como el éxodo en medio de lágrimas que Ana Cecilia Samper, José Evaristo Pabón y más de 30 personas entre adultos y niños, emprendían con sus familias rumbo a "cualquier lugar", como señalan al evocar tan triste instancia de sus vidas.

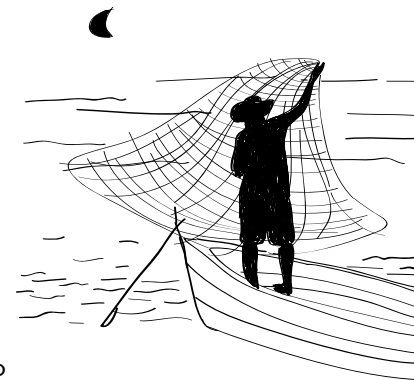
La Caribe es donde empezaron de nuevo -después de vagar dispersos por los corregimientos de la carretera entre Santa Marta y Barranquilla por cinco años-. Allí es donde se encuentran hoy, un lugar que queda lejos de donde comían lo que querían cuantas veces querían y trabajaban en lo que les gustaba: la pesca. Hoy, once años después, están viviendo en este sector en condiciones de miseria.

El nuevo Macondo y sus generaciones

El puente de 'la barra' es el mirador de este pueblo formado por 20 casitas de madera, que no superan los 4 x 3 metros y se levantan en un terreno húmedo que no tiene servicios públicos de calidad. En ese Macondo de la vida real habitan tres generaciones víctimas de la violencia, el olvido y la indiferencia.



Esas casitas fueron construidas por un ente religioso y ONG extranjeras, hace seis años. En ellas habitan hasta tres familias, contando padre, madre y un par de hijos... con sus familias.



Este es el caso de Ana Cecilia Samper, de 42 años, quien habita bajo el mismo techo de zinc con sus siete hijos, su esposo y otros ocho familiares. En ese hogar el sustento llega gracias a la venta de panes de Ana Cecilia y la pesca de su esposo, Jader Charris, de 43 años, tarea difícil que él desempeña en la noche, ayudado por uno de sus pequeños hijos, en una embarcación alquilada o prestada, según consiga. Todo para obtener los alimentos que en muchas de las familias de La Caribe hacen falta, pues a veces es medio día y no han desayunado ni siquiera los que viven solitarios como el veterano Juan Garizábalo.

Esas casas, fueron construidas como solución temporal y se convirtieron en definitivas. Precario servicio de electricidad, pésimo acueducto y nulo alcantarillado, además de la compañía de mosquitos, enfermedades e infecciones, por falta de salud e higiene pública. En La Caribe, la gente ha aprendido a vivir con sonrisas constantes pese a no saber escribir su nombre, viendo crecer a la generación siguiente creada a partir de los niños con quienes huyeron de "ellos" (los paramilitares) hace 11 años, y que hoy son hombres y mujeres que se enamoraron entre sí, empezaron a convivir y hoy son padres de la tercera generación de este nuevo Macondo, en el que nadie ha nacido con cola de cerdo, sino que lo diga *Norma, (*no quiere revelar su identidad) quien con 18 años es madre de cuatro pequeños enfermizos y desnutridos. Ella es vecina de Ana Cecilia, y al parecer son parientes, aunque ni lo niegan, ni lo confirman.

Al otro lado del caserío, en lo que podría llamarse la primera calle, frente a la carretera que comunica a los departamentos de Atlántico y Magdalena, Humberto Garizábalo, hermano de Juan, quien tenía 57 años al salir de Bocas, pide al cielo constantemente. En sus plegarias, clama por conseguir de parte del Estado –ese que un día le falló por un error en su cédula- una embarcación con la que pueda “dedicarse a su arte”: la pesca, y poder conseguir “algo que dejarle a su hijos”; palabras sabias y bañadas por lágrimas de alguien que en su analfabetismo “conoce la letra O, sólo por ser redonda”.

Totalmente distinto a Bocas, y al Macondo de García Márquez, en La Caribe no hay plaza. Al norte y al oriente, la ciénaga Grande de Santa Marta, al sur, algún caserío oculto tras la vegetación de manglar que no alcanza gran altura, y al occidente, la carretera Troncal del Caribe. Así, encerrados por pavimento, agua y plantas, se extendieron sobre 1 kilómetro cuadrado, las 20 casas más parecidas a dados que a viviendas dignas. Aquí la dignidad está en las sonrisas inocentonas y tímidas de estos “migrantes” que dejaron de ambular; pues no hay ningún Coronel que quiera morir fusilado con ella.

Lo más cercano al coronel Aureliano Buendía de García Márquez, es Carlos Modesto “El Pollo” Castro. Él es quien activamente da cara, y “se da en la cara”, según dan a entender estas personas, para defender los derechos de todos los habitantes de La Caribe, la mayoría analfabetas. Con aproximado 1,60 metros de estatura, piel morena, rojiza por el sol y gran entusiasmo al hablar, “el Pollo” evoca a los juglares griegos, a quienes se asemeja al entonar décimas que hablan de su entorno y de la situación de los residentes del caserío. Castro enfoca sus energías en elevar acciones de tutela, papeleos para subsidios y demás procesos que la burocracia colombiana tiene en programas para desplazados.

Sus acciones son muchas veces inútiles, “los políticos le bailan el indio” a esta suerte de caudillo chaparro que, con lo poco que tiene, hace malabares para todos en el caserío.

La historia desde afuera

La invisibilidad de estas personas intenta ser quitada, por entes como el Proyecto Redecs, la Defensoría del Pueblo, la Asociación Tierra de Esperanza y otros que en conjunto propenden que el mundo sepa lo que ocurre en La Caribe.

Miriam Awad, representante legal de Tierra de Esperanza, con voz calmada y muy rápidamente, expresa que en La Caribe el abandono estatal es la pauta marcada. Dice que allá se necesita más que la ayuda de fundaciones como la que ella representa. Sin embargo, esas ayudas de fundaciones son alicientes para los habitantes de esta tierra con dueño, que en cualquier momento puede mandar desalojar su lote. Sí, ese hotel derribado en que habita el viejo Juan es la prueba de que ese pedazo de tierra tiene dueño. Un dueño que nunca ha ido, pero que todos saben que existe. Lo cual hace “vulnerables” –más aún- a estas personas.

Lo cierto es que la palabra vulnerable se convierte en una debilidad para ellos, es motivo para convertirlos en fantasmas, aprovechándose de su mínima educación para vacilarlos como



perro jugueteón cuando desean pedir lo merecido. A esa conclusión se llega al conversar con el sociólogo Edimer Latorre, autor del libro "De aplazados a desplazados: la realidad de los derechos de las personas en condición de desplazamiento forzoso en la ciudad de Santa Marta". El libro es resultado de una investigación que muestra la radiografía de la situación que viven los desplazados ante los estamentos del gobierno que, en el caso de La Caribe, quedan bajo la jurisdicción del municipio de Pueblo Viejo.

En este Municipio, en que su Alcalde reside en otra ciudad, la única representación administrativa que da su versión, es Osman Echeverría, coordinador del Umata (Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria). Él explica que La Caribe, tiene varios problemas de marco jurídico que limitan el trabajo de la administración.

Primero, ese terreno es zona protegida, por estar dentro del vía-parque Natural Isla de Salamanca, y está a la orilla de la carretera que en un futuro pretende ser ampliada a doble calzada. Estos dos factores se suman al de ser un terreno privado que está invadido. Agréguese a esto lo que el funcionario llama un problema cultural en que estas personas se han acostumbrado a estar pidiendo, ateniéndose a la caridad.

A ese último factor, Echeverría suma la ignorancia de los residentes en este nuevo Macondo. Quienes, a su juicio, son víctimas del "Pollo" Castro. El coordinador de Umata dice que Castro muchas veces pide dinero a la gente del caserío con el pretexto de adelantar trámites que nunca se cristalizan. Finalmente, en su corta entrevista, expresa que la solución está en la capacidad de emprendimiento de estos desplazados, calificativo que, según él, perdieron al haber pasado un lapso de tiempo comprendido por el Estado, el cual él no recuerda.

Sobre esto, la sección 7 del Capítulo II de la Ley 387 de 1997, dice que el estado de desplazado cesa cuando éste logra estabilizar su condición socioeconómica en su lugar de origen o en un lugar nuevo. Ni lo uno, ni lo otro ha ocurrido en La Caribe, el nuevo Macondo.



El rostro de la esperanza

En la única casa de material (cemento) del pueblo, está José Evaristo 5 años. En el interior, él remienda su malla para capturar camarones. Está en lo que equivale al patio; en el lugar no hay cercas que limiten a los vecinos, quizá eso influye en la superpoblación infantil nacida en La Caribe.

La vivienda de José Evaristo luce así, gracias a que fue beneficiado en el año 2007 por el Banco Agrario debido a un programa de construcción de hogares dignos de habitar en varias zonas vulnerables del país. Afirma él mismo.

Este desterrado pero alegre hombre, comenta, muy orgulloso, que tiene 20 hijos, de los cuales vive con cinco, junto a su callada pero amable mujer, María Guerrero de 48 años –quien aparenta más a juzgar por sus canas y arrugas-; ellos son un rostro hablante de las secuelas de una masacre. Ellos, huyeron de Bocas cuando su hija mayor tenía dos años de edad; hoy tiene 13 y ha visto cómo crecen sus cuatro hermanitos, nacidos en La Caribe, lejos de la tierra de sus padres.

Los Pabón Guerrero, sobreviven con la venta de camarones de José y con los frutos que emergen de las tres plantas de banano escondidas al costado de su casa, junto a su segunda cosecha de patilla casi sumergida en la Ciénaga. Los bejucos de la patilla son usados como puentes por diminutos cangrejos cienagueros.

Las historias contrastan en sus desenlaces, pero todas nacen de la fuente del desplazamiento producto de una violencia enraizada hace más de 40 años en el país.

Este ha sido solo un capítulo de esta historia que inició hace más de una década en la otra orilla de la Ciénaga Grande. Sus protagonistas han hablado, se han mostrado. Mientras todo esto pasa, en La Caribe, como en el Macondo de Cien Años de Soledad, todos están condenados al olvido mientras las olas siguen yendo y viniendo de orilla a orilla.



Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____



Crónica Migrante

Nombre: _____

Dirección: _____

Ciudad: _____ País: _____

Fijo: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____



Crónica Migrante 2011

Ministerio de Relaciones Exteriores
María Ángela Holguín Cuéllar
Ministra

Departamento Administrativo para la Prosperidad Social
Bruce Mc Master
Alto Consejero Presidencial para la Acción Social

Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios de Comunicación (AFACOM)
Luisa Fernanda Vallejo Cruz
Presidenta

Organización Internacional para las Migraciones (OIM)
Marcelo Pisani Codoceo
Jefe de Misión

La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada, en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de principal organización internacional para las migraciones, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para ayudar a encarar los desafíos que plantea la migración a nivel operativo; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

Los contenidos de las crónicas son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan las opiniones del Ministerio de Relaciones Exteriores, el Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, la Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios de Comunicación (AFACOM), ni de la OIM.

© Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Concepto, diseño y diagramación:

Donación del Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda
Aleida Sánchez B.
Zamara Zambrano S.
Mauricio Suarez B.

Corrección de estilo

Jorge Camacho Velásquez

Producción

www.tallercreativoaleida.com.co

Bogotá, D.C. Colombia
Primera edición

ISBN: 978-958-8469-58-4

500 Unidades
Febrero de 2012

Impreso y hecho en Colombia

Reconocimientos

Crónica ganadora en la categoría de profesionales: "El mercado de Babel"

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia

Crónica ganadora en la categoría de estudiantes: "Tráfico de esperanzas"

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra – Estudiante de Maestría en guión, narrativa y creatividad audiovisual – Universidad de Sevilla (España)

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Crónica finalista en la categoría de estudiantes: "El sastre que hace ciencia"

Autora: Juanita Hincapié Mejía – Estudiante de V semestre de Comunicación Social y Periodismo, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales

Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez

Crónica finalista en la categoría de estudiantes: "La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI"

Autor: Eduardo José Marín Cuello – Estudiante de IX semestre de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Sergio Arboleda Seccional Santa Marta

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

Agradecimientos especiales

Al equipo organizador:

Martha Cecilia Toro Pinzón

Asesora - Oficina Asesora de Comunicaciones

Miguel García

Asesor - Oficina Asesora de Comunicaciones

Departamento Administrativo para la Prosperidad Social

Martha Lucía Díaz Rivera

Asesora de Comunicaciones

Programa Colombia Nos Une – Ministerio de Relaciones Exteriores

Luisa Fernanda Vallejo Cruz

Presidenta AFACOM y Directora del Departamento de Comunicación Social y Periodismo

Nataly Sastoque Riaño

Practicante Apoyo a Dirección Programa de Comunicación Social y Periodismo

Universidad Central

Jorge Gallo Hoyos

Coordinador de la Unidad de Prensa e Información Pública

Karen Mora Castro

Comunicadora de la Unidad de Prensa e Información Pública

Donna Cabrera

Especialista en Cooperación Técnica

Samir Puerta

Especialista en Migración y Desarrollo

OIM

A las universidades:

Francisco de Paula Santander, Fundación Universitaria del Área Andina, Fundación Universitaria Luis Amigó, Universidad Autónoma del Caribe, Universidad Central, Universidad del Cauca, Universidad Francisco de Paula Santander y Universidad Santiago de Cali.

Al Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda, que donó el concepto comunicativo, el diseño, la diagramación y la corrección de estilo.

calendario 2013

Agradecimientos especiales

A los jurados:

Antonio Roveda - Comunicador Social-Periodista con Especialización en Comunicación Empresarial de la Universidad Externado de Colombia; Diplomado en Investigación Social Aplicada y estudios de Doctorado en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, España. Actualmente es Director del Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana y Par Académico Evaluador del Ministerio de Educación Nacional de Colombia en las Salas de Ciencias Sociales y Humanidades, para CNA y CONACES para programa de pregrado y postgrado en Comunicación y Ciencias Sociales. Asesor nacional e internacional en evaluación y formación por competencias de varias universidades iberoamericanas. Decano, docente, investigador, periodista y autor de varios libros, artículos, ensayos e investigaciones sobre formación en Comunicación y por competencias; currículo, evaluación en Educación Superior; políticas públicas en Educación e Iberoamérica; Globalización y Educación Superior, entre otros. Jurado de más de 20 premios nacionales en Comunicación y Periodismo.

Javier Darío Restrepo - Maestro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano desde 1995. Periodista desde hace 52 años. Experto en ética periodística, catedrático de la Universidad de los Andes y conferencista en temas de comunicación social. Ha sido columnista en El Tiempo, El Espectador, El Colombiano y El Heraldillo. Recibió el premio nacional de Círculo de Periodistas de Bogotá en la categoría de prensa en 1993, así como el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1985 y 1986. Además recibió los premios San Gabriel del Episcopado Colombiano en 1994, Germán Arciniegas de la Editorial Planeta en 1995 y el premio latinoamericano a la ética periodística otorgado por el Centro Latinoamericano de Periodismo -CELAP-, auspiciado por la Universidad Internacional de la Florida en 1997. Es autor de 22 libros y su título más reciente es *La Niebla y la Brújula*. Tomado de: <http://www.fnpi.org/maestros/directores-de-talleres/>

Marisol Gómez - Editora del Primer Cuadernillo del periódico El Tiempo (Debes Saber). En este periódico comenzó como corresponsal, fue redactora de varias secciones y luego fue editora nocturna y editora de secciones. Es Comunicadora Social - Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y Magister en Ciencia Política de la Universidad de los Andes (Bogotá). Es autora del libro *Desterrados, Cicatrices de la Guerra en Colombia* (de Intermedio Editores) y coautora en los libros *Años de Fuego* (de Planeta y Revista Semana), *Crónicas de Secuestro* (de Ediciones B) y *Crónicas del Premio Nacional de Paz* (de Fescol y el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina). Ha sido profesora en las facultades de periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana y de la Universidad Pontificia Javeriana y tallerista en la Universidad de los Andes, la Universidad Sergio Arboleda, el Proyecto Antonio Nariño y la Corporación Medios para la Paz. Ganó el premio del Círculo de Periodistas de Bogotá en 2005 y 2006, y el premio de periodismo Simón Bolívar en 2007.

Pilar Lozano - Periodista y escritora de literatura infantil. Ha publicado 17 libros: *La estrella que le perdió el miedo a la noche*; *Turbel, el viento que se disfrazó de brisa*; *Colombia, mi abuelo y yo*; *El violinista de los puentes colgantes*; *Socaire y el capitán loco...* El último, *Así vivo yo*, recoge historias de vida de niños de distintas regiones del país. Durante más de 25 años fue corresponsal independiente en Colombia del diario El País de España; ahora colabora de manera esporádica. Se ha especializado, además, en el tema de infancia y conflicto, lo que reflejó en el libro *La guerra no es un juego de niños*. En los últimos años ha dictado talleres sobre crónica y cuento en el Programa Relata (Red de Escritura Creativa) y de periodismo responsable con Medios para la paz. En Colombia, Brasil, Costa Rica y México ha dictado talleres sobre periodismo responsable en temas de infancia. Ha ganado en dos ocasiones el premio Simón Bolívar y en 2004 recibió el premio Vida y obra al mérito periodístico del CPB.

Enero

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		

Febrero

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28		

Marzo

D	L	M	M	J	V	S
						1
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30
31						

Abril

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

Mayo

D	L	M	M	J	V	S
				1	2	3
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

Junio

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30						

Julio

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	31			

Agosto

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

Septiembre

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30					

Octubre

D	L	M	M	J	V	S
			1	2	3	4
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		

Noviembre

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30

Diciembre

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31				

Contenido



Ganador

Categoría **profesional**

El mercado de Babel

Autora: María Fernanda

Ampuero Velásquez

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia



Ganador

Categoría **estudiantes**

Traficante de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

– Estudiante de Maestría en guión, narrativa y creatividad audiovisual – Universidad de Sevilla (España)

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra



Crónica finalista

Categoría **estudiantes**

El sastre que hace ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

– Estudiante de V semestre de Comunicación Social y Periodismo, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales

Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez



Crónica finalista

Categoría **estudiantes**

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuello

– Estudiante de IX semestre de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Sergio Arboleda Seccional Santa Marta

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

La mirada dignificante del periodismo al desplazamiento forzado

El desplazamiento forzado en Colombia exige que la sociedad civil, el sector privado, y el Estado en general aúnen esfuerzos, políticas, recursos y sobre todo voluntades para que aquellas familias que tuvieron que abandonar sus tierras, su pueblo, su gente, sus costumbres, su trabajo y, sobre todo, su diario vivir, tengan de nuevo un goce efectivo de sus derechos.

La compasión y el asistencialismo no pueden ser el motor de una sociedad para reparar a los hombres, mujeres y niños que por el conflicto armado, o por la violencia generalizada, o por violaciones a los derechos humanos o al derecho internacional humanitario se vieron sometidos al desarraigo... como tampoco lo puede ser para el periodismo registrar o contar las historias de estos colombianos sin tomar la fuente de sus sentimientos, que sometidos al dolor, se traducen en la semilla de esperanza para buscar un mejor mañana.

“Crónica Migrante: una mirada dignificante de un caso de migración interna o externa desde el relato periodístico”, se convirtió en un espacio que la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional, hoy Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, no podía dejar pasar para sensibilizar a cientos de jóvenes estudiantes de comunicación social y periodismo en diferentes partes del país sobre el desplazamiento forzado en Colombia.

El amarillismo, los titulares que abren noticieros enmarcados en sangre y violencia donde la muerte va en negrilla, poco espacio le dejan a aquellos géneros periodísticos de radio, prensa y televisión que van más allá, que cuentan la historia de los migrantes que se alejan de aquello que llena de miedo sus días para tener el derecho a una vida digna.

Las buenas noticias no siempre “venden”, pero el profesionalismo, la rigurosidad del trabajo periodístico en busca de la verdad para contarla, le ética y el respeto por los protagonistas de nuestras historias, nos obligan a dar una mirada dignificante al desplazamiento forzado para que estas víctimas de la violencia vuelvan a sus tierras o se reubiquen en otras con su dignidad en alto, una mirada optimista y su fuerza para luchar por un mejor mañana, donde sean protagonistas de su propio amanecer de la mano de una sociedad civil y de un Estado solidario y facilitador interesados en que sus sueños se vuelvan realidad.

Samuel Salazar Nieto
Comunicaciones
Departamento Administrativo para la Prosperidad Social

El encuentro con los otros

Los migrantes y los emigrantes se mueven por causas similares: buscan oportunidad. Algunos se mueven con la certeza de la posibilidad; otros transitan hacia el encuentro con la nada, incierta dimensión de la existencia humana que conduce a un estado de agonía, fijada por las maneras de sujeción impuestas por otros.

Entre los migrantes internos, las personas en situación de desplazamiento conviven con el miedo que les procura el seguir viviendo en medio de la adversidad; pese a tanta indignidad, el ímpetu de estos hombres y mujeres les conduce a transitar por otros caminos para resignificar sus maneras de estar en el mundo de la vida.

Frente a estas situaciones reales que concurren en nuestro país, en medio de las más diversas y variadas crisis de legitimidad, la OIM y AFACOM aunaron sus voluntades de trabajo con el apoyo decidido de otros aliados: el Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, el Programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores y de las universidades a través de los Programas de Comunicación Social y Periodismo, para reflexionar sobre las migraciones. Juntos hemos iniciado la apertura de espacios donde tienen lugar diálogos imperfectos: abrigamos la emergencia de otras miradas, de otras formas de nombrar lo existente, de repolitizar las acciones y de emancipación.

Hemos iniciado una tarea con los periodistas, los estudiantes y los profesores. Juntos hemos imaginado la posibilidad de escenarios distintos desde la agencia del comunicador; este es nuestro compromiso con el país. En razón de esto desarrollamos siete talleres a los cuales asistieron más de 850 personas, cuyas narraciones sobre los migrantes permitieron la apertura del concurso denominado Crónica Migrante. AFACOM puso en circulación documentos, investigaciones e informes, concernientes a este tema con el fin de dar fundamento a la opinión.

En una esfera más reducida, la del trabajo de gestión con la OIM, debo expresar mi reconocimiento y agradecimiento a Karen Mora y a Jorge Gallo, el rostro humano de la organización. Trabajar junto a ellos ha sido enriquecedor, su calidad humana y compromiso facilitan la toma de decisiones y, de manera importante, invitan a continuar edificando.

Luisa Fernanda Vallejo Cruz
Directora Departamento Comunicación Social y Periodismo
Universidad Central
Presidenta
AFACOM

Crónica migrante 2011: vidas en movimiento

Según el Glosario de Migración de la OIM, un migrante es aquel que ha residido en un país diferente al de su origen por un período superior a un año. Pero más allá de la formalidad académica, un migrante es un ser humano como todos, con sueños y necesidades, pero enmarcados entre el dolor del desarraigo y la esperanza de un futuro mejor. Es por eso que creemos que las historias de los migrantes, de sus sueños y sus necesidades, merecían un espacio como el concurso Crónica Migrante.

Asistimos a un momento en la historia de la humanidad en el que la movilidad hace parte integral de nuestras vidas. En el planeta hay aproximadamente 214, millones de personas, 3.1% de la población mundial, que migran por diferentes razones. Hace 25 años esa cifra era menos de la mitad y se ha calculado que podría llegar duplicarse en los próximos 30 años.

Colombia es un ejemplo claro de este fenómeno. Lo demuestran datos como el número de colombianos que viven en otros países (3,3 millones según el censo del DANE de 2005), los más de 3 millones de personas en situación de desplazamiento interno (según el DPS) y las cifras relacionadas con las poblaciones en zonas de fronteras, entre ellas grupos étnicos que temporalmente van y vienen desde y hacia los países vecinos.

Desde 1956, la OIM trabaja en Colombia para el bienestar de los migrantes y, entre ellos, los más vulnerables. Hoy en día, junto a programas tradicionales de atención a los migrantes, la organización ha rediseñado su plan estratégico para responder a los nuevos retos y prioridades del país, entre las cuales me gustaría destacar las actividades relacionadas con la reparación a las víctimas del conflicto, incluyendo la restitución de tierras, el desarrollo de las zonas de frontera y el manejo de riesgos en el marco de la emergencia producida por el fenómeno de La Niña. Nuestras prioridades también incluyen la trata de personas y la reintegración de aquellos que se desvincularon de grupos armados ilegales, tanto adultos como menores de edad. Todos estos temas son el reflejo de una compleja situación social, pero también representan la voluntad del Gobierno y la sociedad en su conjunto por resolverla y construir una paz sólida y duradera.

En el marco de la conmemoración de nuestros 60 años de trabajo en el mundo, con el apoyo del Departamento para la Prosperidad Social, el Programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores, y la Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios en Comunicación (AFACOM), convocamos a estudiantes y profesionales al concurso "Crónica Migrante: una mirada dignificante de un caso de migración interna o externa desde el relato periodístico".

celebrando cada día el oficio de comunicar

El proceso implementado para la divulgación del concurso se convirtió en un interesante espacio de reflexión, materializado en siete ciudades del país y al que acudieron más de 800 estudiantes y profesores de comunicación social y profesiones afines. En esos siete talleres se discutió sobre el fenómeno de la migración y se estimuló el cubrimiento periodístico responsable y ético de las temáticas relacionadas.

Como reconocimiento al esfuerzo e interés de los participantes compartimos a través de esta publicación los trabajos ganadores de las categorías estudiantes y profesionales, y dos finalistas de la categoría de estudiantes. Son cuatro historias que reflejan algunas de las situaciones que se presentan en un mundo en continuo movimiento.

Marcelo Pisani
Jefe de Misión en Colombia
Organización Internacional para las Migraciones – OIM

El Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda. apoya esta propuesta de la Organización Internacional de las Migraciones porque es su gusto y su opción celebrar cada día **el oficio de comunicar** lo que cuida y hace bella la vida en el planeta: los baños de sol y la luna en la ventana, los días de lluvia y las cometas al viento, el amor, la equidad de género, la felicidad de las niñas y los niños, el buen trato, la libertad, el consumo responsable, la esperanza, la compañía, la ciudadanía, el buen gobierno y otras muchas causas nobles, como la migración en condiciones dignas que beneficie a las personas migrantes y contribuya al desarrollo del país de origen y del país de destino, o la atención a la población en situación de desplazamiento forzado.

Aleida Sánchez B.
Dirección Creativa
Taller Creativo

El Mercado de Babel

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez



Ganador - categoría profesional

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia

El Mercado de Babel

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez

Una cosa es contarlo y otra es verlo. Olerlo. Escucharlo. El Mercado de los Mostenses de Madrid es –literalmente- eso que algunos llaman *melting pot*, la olla de la mezcla.

Y justamente de ollas va la cosa porque aquí, en estos alucinantes dos mil metros cuadrados, se encuentran los ingredientes para prepararlo todo: desde cebiche (sí, hay corvina, sí, hay concha prieta) hasta cous cous, borsh, asado, pollo massala o esos deliciosos e impronunciabiles platos chinos que uno, como niño, tiene que señalar con el dedo.

Paisajes de Las mil y una noches, el trópico más profundo, las pagodas, los zocos, un póster del Barcelona Sporting Club, un par de pandas dibujados, el Cristo de los Milagros, un gatito dorado con la pata levantada, un letrero de *Hoy no fío mañana sí*, incienso, las montañas de Cochabamba, un narguile, luces navideñas en abril... La decoración de los 99 puestos del céntrico mercado es una metáfora de la ciudad. La olla de la mezcla: el 17% de los seis millones de madrileños nació fuera de España.



"¿Quién va?", "¿qué más te pongo?", "¿a cuánto el tomate?", se funden diez, veinte, cincuenta acentos distintos entre el inconfundible aroma de las hierbas, las frutas y las especias que a cada uno, transportado a la infancia, le recuerdan la cocina de su casa, las manos de su madre. Magia. En el Mercado de los Mostenses también se vende magia.

Cebiche chino

Como la de Lyly, la maravillosa Lyly y su marido Xiao (al que algunos llaman "Juan" y otros "Luis", según el día) que de su cocina sacan sopa de mote, churrasco, lomo saltado y cebiche, pero también cerdo agri dulce, sopa de won tong y otras glorias de la gastronomía oriental. Porque, claro, Lyly y Xiao son chinos, pero su restaurante se llama Exquisiteces Latinas. "¿Por qué?", le preguntamos frente a un plato de arroz chaufa (¡ide muerte!) y ella explica, en su español sin artículos, que el local pertenecía a unos peruanos y que, al comprar el traspaso, decidió mantener el nombre y también los platos. "Marido va restaurantes peruanos para sabor", explica, pura risa, pura dulzura. Xiao ni aparece, está en la diminuta cocina lidiando con la inexplicable manía latinoamericana de comer pescado crudo con limón.





La madrileña es peruana

Abajo, en la pescadería La Madrileña, no dan abasto. Chicharro, jurel, tollo, palometa, toko... Entre hielos y con el ojo sorprendido, decenas de pescados de todos los mares del mundo se ofrecen a compradores de todas las tierras del mundo. La Madrileña tiene un nombre inconfundible, pero lo que confunde es que su dueño, Manuel Tisnado, no haya crecido en la castiza Plaza Mayor, sino allá, al otro lado del mar, en Lima. Otra vez, "¿por qué?" Y él cuenta que así se llamaba el local cuando lo compró al madrileño pescadero y que así quedó. El nombre es lo de menos, lo que despierta emoción es que en el puesto de Manuel se pueden comprar pedacitos del Pacífico, esos que –caprichoso paladar– saben a lo que debe saber un pescado y no se hable más.

El también peruano César Benites sí cambió el nombre a su local. Él no le da importancia, pero el día en el que las letras "Frutas Benites" (en rojo flamante) reemplazaron las de "Frutas Otero" debe de haber sido uno de los más felices de su vida. Después de años de dura inmigración y de "vender papas y cebollas para otro" (Otero) por fin era el propietario y aunque "trabajo más que antes" se emociona al pensar que sus hijos van a heredar una forma de ganarse la vida que tiene su apellido. Su empresa familiar. "Mi pequeña empresa, sí".

"Madrina, otro bollo"

Blanca Sánchez y Mario Flor están abrigados como si se fueran a Groenlandia. Llevan 15 años en Madrid y el frío todavía les saca lágrimas, a ellos que son pura risa. La nostalgia por el calor es una de las más feroces, sobre todo cuando el invierno parece inagotable, eterno. Su bar, en una esquinita del mercado, es un altar de la ecuatorianidad con su bandera, sus sucses, sus fotos del Malecón 2000 y, por supuesto, su oferta de bollo de pescado, encebollado y bolón con chicharrón. La gloria como quien dice. Tras un par de cervezas la amistad es irrompible. Blanca cuenta que en estos años ha visto transformarse Madrid no en el mestizaje racial ni en la variedad de idiomas, sino en la oferta del mercado. "Cuando yo vine había 350 ecuatorianos en España (!!). El verde y la hierbita había que comprarlos a precio de oro en El Gourmet de El Corte Inglés", cuenta de esos primeros tiempos y para





Son las tres. Se van rengueando los últimos carritos de la compra y sus propietarias. El fin de la jornada lo anuncia el chirrido de 99 rejas y los diez, veinte, cincuenta acentos que comentan la jornada. Emociona que gente de tantos sitios distintos, con creencias, anhelos y pasiones quizá irreconciliables puedan convivir en armonía. Eso es lo que hace único a los Mostenses.

Pero una cosa es contarlo y otra es verlo.



sorprender añade: "¡el ramito de hierbita salía a mil pesetas!". ¿Y eso cuánto es? Pero Blanca, contagiada por el mal de gran parte de los españoles, no sabe traducir a euros. Se ríe: "¡un platá!". Alguien le pide otro bollo y otra cerveza. Más amigos, más risas, "¿tú qué eres, barcelonista o emelecista?". Si no fuera por el frío...

Boguerones y mote

Terminamos el recorrido en el local más antiguo: el de Faustino Barroso, 42 años detrás del mostrador y el último propietario de su generación. No quiere fotos, no se siente importante como para estar en una revista. ¡Pero si ha sido el testigo de toda esta inverosímil transformación! Sonríe halagado. Al lado de sus quesos curados, el azafrán, los boquerones en vinagre y los pimientos del piquillo tiene harina para arepas, mote, papa seca. "Me pedían, pedían, pedían, yo no sabía qué eran esas historias", cuenta de los clientes de los primeros tiempos de la inmigración. ¿No había extranjeros cuando abrió el mercado, hace 58 años? "Sí, venían los catalanes del Centro Catalán de Plaza de España", ríe con picardía.



Traficante de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra



Ganador - categoría estudiantes

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Traficantes de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Maleta en mano, pequeña para despistar. Cámara fotográfica colgando del cuello. Gafas oscuras, bufanda en croché y jersey negro, gorro francés coquetamente inclinado hacia adelante. Lugar: aeropuerto internacional Alfonso Bonilla Aragón en la ciudad de Cali, Colombia; temperatura: 32° a la sombra.

Rosa María Esguerra¹, zapatera de oficio, emprendedora por convicción y negociante de lechonas, pulseras y rifas por necesidad, camina firmemente por el pasillo de embarque del aeropuerto. Atrás, su familia contiene las lágrimas para no delatar su partida definitiva. Rosa viaja con la promesa legal de retornar al país al término de sus vacaciones, pero con la convicción absoluta de no volver hasta conseguir dinero suficiente para pagar las deudas del viaje, la hipoteca de la casa y el estudio de su último hijo. Su mayor dolor, tejer el camino de ida sin saber cuándo lo deshará de vuelta; peor aún, desconocer si al volver encontrará a todos los que deja al partir. Corre el año 2001 y Rosa se revienta en un llanto silencioso que mezcla la emoción de su primer viaje en avión

y la incertidumbre de lo que vendrá. La azafata anuncia el despegue del vuelo de Iberia con destino a Madrid.

Ya en el avión no hay reversa. Será la primera de más de 50 emigrantes conocidos a quienes ayudará a escapar de la realidad colombiana, aquella que anuncia una deuda para asegurar el fin de mes, la que impulsa la creatividad financiera y convierte en profesionales de la arepa y el chocolate a madres solteras, en taxistas a ingenieros, en comerciantes a madres desesperadas.

Nadie espera a Rosa en Madrid. Sola, sin una mínima idea de cómo proceder, camina llevada por el instinto sobre las rampas de desplazamiento de la Terminal S4 del Aeropuerto Internacional de Barajas. Sigue la masa, esperando que el camino se acabe y ella tenga el tiempo de preguntarse para donde va. Sin embargo, al pasar del tiempo la opción sigue siendo la misma; caminar hacia adelante sin mirar atrás, como lo ha venido haciendo desde que tomó la decisión de emigrar.



¹ Nombre ficticio para proteger la identidad de la fuente.

Cinco años después mi madre, también zapatera y traficante de artesanías y colonias, consideraría seriamente seguir el mismo camino.

- Y que van a hacer ustedes? Preguntaba mamá.
- Ya estamos grandes y sabremos cómo actuar. No somos unos bebés, mamá.

El gran dilema era papá. Lo suficientemente joven para continuar pero demasiado viejo para el mercado laboral, papá depositaba sus esperanzas en la ilusión de viajar a España y trabajar al lado de su mujer. Un sin número de improvisaciones financieras lo habían llevado a hipotecar la casa, abandonar el empleo, ser víctima de robo por un mal llamado abogado familiar, caer reiteradamente en estafas por internet y, finalmente, desistir de cualquier posibilidad de continuar intentándolo, ya sea por falta de financiación o por carecer de fuerzas para volver a perder.

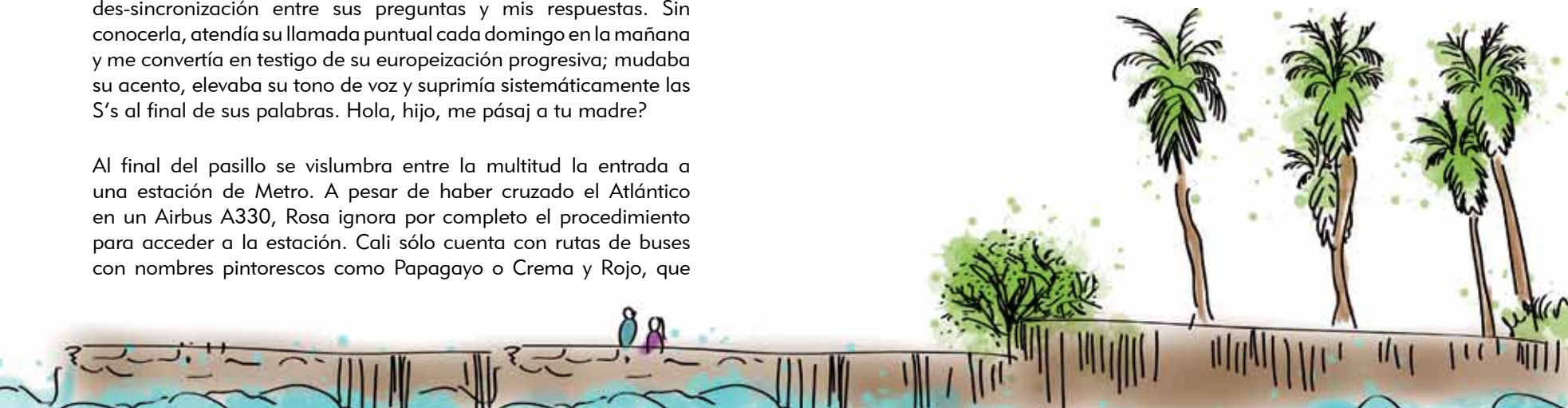
Rosa era un espejismo sonoro; entraba a casa en forma de voz electrónica recorriendo el Atlántico en un par de segundos, tiempo que se veía evidenciado por la des-sincronización entre sus preguntas y mis respuestas. Sin conocerla, atendía su llamada puntual cada domingo en la mañana y me convertía en testigo de su europeización progresiva; mudaba su acento, elevaba su tono de voz y suprimía sistemáticamente las S's al final de sus palabras. Hola, hijo, me pásaj a tu madre?

Al final del pasillo se vislumbra entre la multitud la entrada a una estación de Metro. A pesar de haber cruzado el Atlántico en un Airbus A330, Rosa ignora por completo el procedimiento para acceder a la estación. Cali sólo cuenta con rutas de buses con nombres pintorescos como Papagayo o Crema y Rojo, que

paran en cada esquina ante la señal inequívoca de un posible pasajero agitando el dedo estirado o cada que la puerta trasera acumula tantos pasajeros ansiosos de bajar y el chofer tantos insultos que no le queda de otra que detenerse. Aquellos métodos no parecen muy apropiados para ser aplicados en este sistema, a todas vistas, más sofisticado. No le queda de otra que preguntar en información.

- Ay, mire niña, es que yo vengo solita y no conozco a nadie acá. Por qué no me hace el favor y me dice como es que yo hago para ir a donde salen los aviones pa Sevilla. Yo voy pa Sevilla y no sé ni como hacer ni ná.
- Señora, debe tomar el metro en dirección Terminal S4 hasta la última estación. Ahí pregunta usted y le pueden indicar...
- Ay, pero yo no sé coger eso!
- Permítame le explico...

Nunca pensé que ver cruzar a mi madre la puerta de emigración fuera tan duro. A mis 23 años, con la carrera casi terminada y



con una independencia económica ganada a base de trabajo como profesor en un colegio privado a escasos quince minutos del aeropuerto, ver partir a mi madre sin fecha de regreso significó el derrumbe emocional de mi aparente valentía. Una semana antes, tras la aprobación de su visa y su regreso de Bogotá, había dedicado mis ratos libres a transportarla por la ciudad despidiéndose de sus amigas. "Sí, Rosa me ayudó", les repetía a todas exhibiendo una mirada de Gioconda criolla que podría preceder el llanto o la risa. En cada visita me burlaba un poco de la reacción de sus amigas al recibir la noticia sin sospechar siquiera la reacción que tendría ante su despedida; conversábamos un poco en cada trayecto y aparecían en cada conversa las mismas preocupaciones repetitivas: pobrecito su papá... y si se enferma su abuela..? y a ustedes, muchachos, no les da pesar..? Mamá nunca había salido de casa. En realidad, hasta entonces nunca nadie en la familia había salido de casa para vivir por fuera. No imaginábamos el vacío que se sentiría.

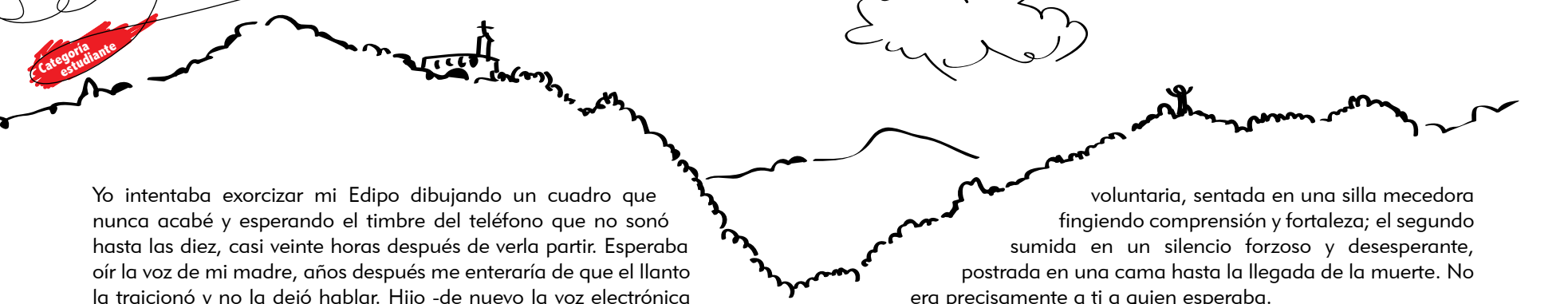
Aún con el jet lag en la cabeza, Rosa María limpia polvo, barre, trapea, guisa, lava platos, vuelve a trapear, intenta comprender el funcionamiento de la plancha vaporeta y descubre el lavavajillas, todo esto muerta de sueño, para luego volver a la cama sin poder pegar el ojo. La primera semana es de llantos, llamadas y trabajo; comunicaciones constantes con sus hijos en Colombia, sesenta céntimos y tres lágrimas el minuto.

- Te vas a enfermar si no descansas. -reclama Virginia, la abuela tierna cuya única misión es dejarse cuidar- Ven aquí, hálame de tu país.

Rosa reconstruye una versión maquillada de los problemas y los privilegios de su país. Recuerda el verde montañoso que observó por única vez desde el aire y lo compara con el ocre árido de los paisajes españoles; minimiza un poco los ya conocidos problemas de violencia y narcotráfico, destacando más el calor de la gente, la sonrisa festiva, el chontaduro y el raspao del parque de las banderas; la Feria de Cali, la salsa en Juanchito, el paisa que canta y la rubia que baila. "Allá todo es muy lindo!" Por primera vez desde que salió, Rosa logra recordar su tierra sin pagar las tres lágrimas por minuto y sin tragar entero.

Al aeropuerto fuimos todos los de casa; mi papá, mi hermano, mi abuela y mi madre, quien sería la única en no cruzar la puerta de casa al volver en la noche. Mi otra abuela, la madre de mi madre, descansaba en su casita de esterilla en el campo, sabiendo que su hija partiría pero sin saber exactamente cuándo, una estrategia ideada por mi madre para evitar el sufrimiento de pensar que su hija se iba alejando, para evitar ver, como vimos nosotros, como el túnel de embarque se la iba tragando.

El silencio ocupó el lugar de mi madre en casa. Intentábamos no hablar para ignorar su ausencia; mi padre observaba las noticias de la televisión española que entraba por cable, mi hermano paseaba con su novia fuera de casa y mi abuela, afectada por el alzheimer, preguntaba dos veces por hora dónde estaba mamá.



Yo intentaba exorcizar mi Edipo dibujando un cuadro que nunca acabé y esperando el timbre del teléfono que no sonó hasta las diez, casi veinte horas después de verla partir. Esperaba oír la voz de mi madre, años después me enteraría de que el llanto la traicionó y no la dejó hablar. Hijo -de nuevo la voz electrónica de Rosa con dos segundos de retraso- tu madre ha llegado, eh, que lo sepas. Está bien, pero ej que ahora mihmo ehtá en el baño y no puede hablar, sabes...?

Unos meses necesita una familia para empezar a recoger los frutos de un inmigrante. Trabajando día y noche, más concentrada en los cuidados de Virginia que en las tareas del hogar, Rosa reúne la primera mesada grande y la multiplica por dos mil setecientos enviándola a Colombia para cubrir deudas, comprar regalos e invitar a comer a vecinos y amigos en el corrientazo de la esquina.

Unos días necesita un grupo de vecinos para entender que el negocio funciona. No tardan en llover solicitudes de ayudas para atravesar el charco en busca de oportunidades, preguntas sobre el procedimiento, ofrecimientos de grandes pagos, aunque sea a posteriori.

Una o dos vidas necesita una madre para perder las esperanzas de que su hijo regrese. Para la madre de Rosa dos vidas se resumen en un par de meses. El primero asumido con una espera silenciosa y

voluntaria, sentada en una silla mecedora fingiendo comprensión y fortaleza; el segundo sumida en un silencio forzoso y desesperante, postrada en una cama hasta la llegada de la muerte. No era precisamente a ti a quien esperaba.

Dos meses después de la partida de mi madre, su madre -mi abuela la del campo- empieza a reemplazar las cuatro paredes de esterilla por muros de ladrillo y cemento mezclado con cal; las deudas familiares con prestamistas menores empiezan a saldarse; mi hermano coquetea con la posibilidad de trabajar en España; mi padre continúa conectándose todos los días a la televisión española a través del cable. Yo sigo trabajando como profesor cerca al aeropuerto y preparo tortas de banano los domingos para mi abuela paterna en casa, quien sigue preguntando dónde está mi madre, a lo que todos hemos acordado responder que ha salido esta mañana para Bogotá y que volverá mañana temprano; mi abuela ha acordado consigo misma olvidarlo cada media hora y volver a preguntarlo llena de curiosidad, obteniendo siempre la misma respuesta que le suena tan nueva como el pasado que ya no recuerda... En Bogotá...? Y por qué no me habían dicho!

Un día cualquiera mi abuela cae al suelo y no vuelve a pararse. Un derrame cerebral la acuesta en cama y queda bajo la custodia de tres hombres que poco a poco aprenden a bañarla, vestirla,



cambiarla, darle de comer y arrancarle media sonrisa en la mitad del rostro que todavía puede mover. Poco a poco la abuela se apaga y su memoria decide olvidar algo más que recuerdos a corto plazo; un día decide olvidar cómo hablar, otro día olvida cómo levantar ambos brazos, al siguiente olvida cómo tragar. Finalmente sus ojos olvidaron la facultad de abrirse, su corazón la de latir y sus pulmones la de respirar. Hubo algo que el alzheimer no pudo apagar; sus ojos continuaron mirando, su corazón amando y sus pulmones dándonos aliento para continuar. Así, finalmente, se apagó la abuela, quedando para siempre encendida en nuestras memorias. Mi madre levantó una oración en silencio que se juntó con las nuestras, a 10.000 kilómetros de distancia y un cuarto de día más temprano.

Rosa entendió rápido que el negocio estaba en traficar esperanzas. Tomando como fiador la palabra de sus vecinos, consigue ofertas de trabajo para inmigrantes desde España y presta el dinero para que vecinos y amigos atraviesen el atlántico y se embarquen en la aventura de cobrar en Euros. El sueño europeo toma fuerza en Mariano Ramos; en poco tiempo, el barrio ve partir a la vendedora de chance, la mujer del mazamorrero, la señora del granero, la hija del tendero, la esposa del camionero... dos o tres hombres están en la lista, pero son las mujeres las más apetecidas. En prolongadas y repetidas conferencias telefónicas, Rosa explica detalladamente cómo presentarse en Bogotá para la visa, dónde comprar el pasaje para España y cómo abordar el metro al llegar a la Terminal S4 ya en Madrid. Así las cosas, la recua de mujeres y el puñado de hombres son recibidos sin problemas en el aeropuerto de Sevilla Capital. Ya en España, Rosa cobra por cuotas el dinero prestado y unos intereses considerables que le inyectan capital al negocio del tráfico de esperanzas.

Mi madre llega al aeropuerto de Sevilla ahogada en llanto, con la firme convicción de traer a su familia, sin imaginar que pasarán cuatro años sin volver a Colombia, que al volver no encontrará a su suegra y será la última vez que se reúna con su esposo. En la puerta de llegadas, Rosa la espera preocupada por el retraso. Ya, hija, no llores más. Vamos a casa y llamamos a tu familia que debe estar preocupada.

Cuatro años han pasado desde la partida de mi madre. Mi padre, mi hermano y yo esperamos en el aeropuerto; mi abuela espera noticias desde la comodidad de su casa en el campo, siguiendo el método de anunciar la llegada sin una fecha determinada para evitar la angustia de pensar en los riesgos durante el vuelo. Habíamos despedido una mujer mayor y asustada con lágrimas en los ojos; hoy recibíamos de vuelta una mujer rejuvenecida que vestía jeans y una enorme sonrisa que no cupo en la maleta y tuvo que traer puesta. Durante dos meses lucimos la misma sonrisa como uniformados en casa; sabíamos que de vuelta a España regresarían mi hermano y mi madre, pero no sospechábamos que dos meses después yo viajaría ayudado por una beca de la Unión Europea para estudiar un Master en Formación. Sólo quedaría mi padre, quien esperaría pacientemente la tramitación de los documentos para su reagrupación.

Para mí vino Europa, los estudios, las conversaciones en tres idiomas y medio. Me enfrenté a este continente con una beca que me permitió estudiar y recorrer Portugal, España, Francia e Italia a mi antojo, bajo una condición social bastante diferente de la de mi madre, Rosa y mi hermano. Descubro, entonces, que la discriminación es social y no étnica, por lo menos con los inmigrantes.

De los viajes, las fiestas y los estudios, he hecho amigos, conocidos, compañeros y uno que otro allegado. Es 6 de julio de 2010, ha pasado un año y nos reunimos en la playa del Miracle en Tarragona para celebrar mi despedida, esperando el festival de fuegos pirotécnicos junto al mar. Viajaré mañana, pasaré tres meses en Colombia con mi padre y mi novia, vestiremos todos la sonrisa uniformada que lucimos con mi madre cuando la recibimos en Colombia. La reagrupación de mi padre está bastante adelantada, así que es posible que vuelva con él al regresar a Europa para terminar mi Master.

Van siendo las diez de la tarde y el sol todavía no se esconde.

En casa, mi padre prepara las cosas para recogerme en el aeropuerto el día siguiente.

Algunos amigos ya están en la playa. La noche se acerca con parsimonia.

Mi madre, en Sevilla, intenta comunicarse con mi padre.

El teléfono repica en el bolsillo de mi padre. Nadie contesta.

La noche cae lentamente. Se prepara la mecha para encender los fuegos.

Mi madre recibe una llamada a su móvil. Atiende.

Recibo una llamada a mi móvil... atiendo.

Mi padre, a diez mil kilómetros del resto de su familia, ha decidido no esperar mi llegada al día siguiente. Ha cerrado sus ojos y se ha quedado dormido para no volver a despertar. Ha muerto solo, sin más.

Una llama enciende la fiesta de los fuegos artificiales en Tarragona. El Mediterráneo refleja las explosiones de colores que iluminan el cielo en destellos parpadeantes. Y yo, sumergido en esa noche negra de fuegos y fiesta, no veo luces ni escucho explosiones... sólo intento atrapar el momento en que mi padre se zambulló en la misma noche, convirtiéndose en el emigrante eterno que ya nunca vuelve, dejándonos esperándolo justo en la puerta de nuestro reencuentro.

Esperaba encontrarlo al llegar al aeropuerto, en Cali. Abrazarlo, preguntarle cómo ha estado, ver su cara de felicidad al volver a verme y al saber que pronto estaría del otro lado del Atlántico, con su mujer y sus hijos. En lugar de eso, encuentro un par de mujeres que me aman e intentan sobreponerme del vacío. La primera mi

novia, quien me consuela; la segunda mi madre, quien ha viajado 10.000 kilómetros para despedir a mi padre, para decirle adiós y desearle buen viaje.

Un año después, mi abuela continúa en su casa en el campo construida enteramente en ladrillo gracias a las remesas de mi madre; mi hermano ha conseguido un trabajo y ha comenzado la Universidad; mi madre continúa trabajando para enviar algo de dinero; la crisis económica y la nueva legislación laboral han quebrado el negocio de tráfico de esperanzas de Rosa, quien también continúa trabajando como empleada del hogar. Yo empecé otro Master, esta vez sin beca y sin la posibilidad de viajar, bajo las mismas condiciones de cualquier otro inmigrante.

El 6 de Julio de cada año, en Tarragona, el cielo continúa haciendo fiesta para celebrar la llegada de mi padre, el único verdadero emigrante de esta historia. El único capaz de comprar un billete de ida sin regreso en medio de una enorme fiesta celestial.



Crónica finalista - categoría estudiantes

El Sastre que hace Ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez
Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez



El Sastre que hace Ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

24 años bastan y sobran para que en una vida ocurran los cambios más abruptos y desconcertantes. Carlos Mejía cambió la máquina de coser, los hilos, ojales y moldes por un uniforme verde pálido e instrumentos para intervenir válvulas. Lejos quedó la imagen aciaga de sastre ilegal que había anclado en territorio gringo persiguiendo el sueño americano, la sombra débil de un migrante indocumentado.

Hace años la historia era diferente

En medio de la crisis económica que vivió Colombia, derivada del boom de las drogas en los años 80, Carlos entró en quiebra. La sastrería, oficio familiar de más de cinco generaciones, sucumbió ante el opaco panorama. No había ganancias y por ello la historia empezó de nuevo; el impulso joven, la búsqueda de oportunidades, el salto a ojos cerrados hacia la aventura, hacia lo desconocido. Pero esta vez no tenía 14 años y la capital no era su destino.

Sus ojos miraron al norte, y a partir de allí no volvieron atrás. Con tres mudas de ropa y algo más de 500 dólares en los bolsillos emprendió el viaje. Un viaje de esperanzas en valijas y tres horas de vuelo. Bienvenido a Estados Unidos.

Ahora estaba en Miami, con el clima fresco y cálido de 3.000 horas de sol al año. Bordeado de llanuras y palmeras, en medio de los edificios altos y blancos, exuberantes dibujos de la potencia industrializada. Llegó a esta ciudad estadounidense por azar y fue allí donde finalmente logró conseguir trabajo a manos de un uruguayo. No era el mejor puesto, pero eso no era lo importante. Durante siete meses se levantó junto al cielo dormido de las 3 de la mañana, entre el letargo de quienes aún soñaban y la oscuridad de un sol que aún no había nacido. Para coger tres autobuses y un metro y así llegar a las 8:30 a.m puntual a la sastrería en Miami Beach. Eran cinco horas y media, casi lo mismo que se tardaba en regresar si se tiene en cuenta que terminaba la jornada a las 6 y llegaba a su casa a las 10:30 de la noche.

No faltaron las razones para que pronto se impusiera la tarea de encontrar otro trabajo. Por ello y por la recomendación de un conocido, se fue a Nueva York. Lejos de la ciudad que lo recibió y lejos de su mujer, que ya tenía algunos meses de gestación.

Así empezó el nuevo viaje, esta vez acompañado. Dos amigos serían su respaldo, en una cooperación recíproca por sobrevivir en la ciudad desconocida. Pero los planes no se lograron, y el resultado fue muy



distinto. Como una imagen premonitoria de la vida en el extranjero, Carlos llegó solo a la gran manzana.

Sus amigos se fueron en otro vuelo y no volvieron a encontrarse. Empezaba entonces desde cero, con 100 dólares empuñados en la mano, la voz trémula de un hispano que no entiende el idioma y la preocupación a falta de contactos o conocidos.

Después de escudriñar durante un buen tiempo en la fila de taxis que se apilaban en la salida del aeropuerto JFK, se montó en el de la cara de latino. Este lo llevó a un hotel barato de 30 dólares la noche. En el camino y como muestra de solidaridad le mostró algunas lavanderías cercanas para que consiguiera trabajo. Pasó un día entero antes de que se atreviera a salir del cuarto de hotel. El mundo fuera de esa puerta parecía excesivamente grande y agobiante.

Sin embargo, superado el pánico inicial, salió a la calle y lo emplearon. Tomy, un italiano de Brooklyn que hablaba español se conmovió con la historia y le dio trabajo de sastre por nueve meses. En navidad se devolvió a Miami a ver el nacimiento de su hijo y reencontrarse con su esposa Marta. Allí se estableció y consiguió un buen salario, al menos para un migrante acostumbrado a menos de la mitad del pago normal.

Los frutos del esfuerzo

Así empezaron los buenos tiempos. Se pudo conseguir su primer apartamento y al año, su propia máquina de coser; creó una red de trabajo. La vena artística que fluía por sus manos le dio cierto estatus en el negocio, un talento protagonista que empezó a sobresalir en sacos bien confeccionados, puntadas y cortes limpios.

Siete años transcurrieron hasta que consiguió apartamento en Miami Beach. En un edificio blanco de 500 apartamentos, con una terraza en colores cobre que recibía los reflejos del agua y las velas de los buques que a lo lejos se disponían a navegar por la Bahía Vizcaína. A pocas cuadras del imponente complejo de edificios beige del Mount Sinai Medical Center. Delimitado por las avenidas Alton Road y Julia Tuttle Causeway.



Debido a la cercanía del Hospital, en el edificio vivían varios médicos, la mayoría de otros países. Por eso no fue extraño que en una de esas actividades de socialización que se realizaban periódicamente, entre cocteles y charlas en la piscina, Carlos conociera a David Paniagua. El médico más joven graduado en medicina y cardiología de Costa Rica, con un record de calificación de 100 durante toda la carrera. Y que allí se entablara una amistad. Tampoco que conociera a Francisco López Jiménez, un médico mexicano que estaba en el país validando medicina y cardiología.

De inmediato surgió la simpatía, y la agrupación de unas personas que se entendían en su condición de extranjeros.

Así nació el proyecto

Ahora había reuniones semanales, con charlas, vino y comida. Todos eran amigos y sorteaban los días y la cotidianidad con

pequeños planes que rotaban de sala en sala, pero que casi siempre tenían como lugar central el apartamento de Carlos.

En una de las conversaciones, David y Francisco empezaron a hablar de una idea que hace tiempo les rondaba en la mente, de un proyecto médico que habían sopesado pero que aún no se materializaba, que por el momento solo existía en palabras.

Carlos escuchaba curioso, con el interés que despierta un tema atrayente, con una que otra pregunta suelta pero sin ningún aporte de ideas. Después de todo no era médico y a ese mundo científico, profundo y complejo, solo se acercaba como lo hace cualquiera. En la formulación de pequeñas hipótesis sobre la causa de una gripa, o los posibles tratamientos y remedios para una indigestión.

Luego de un tiempo David se fue a Harvard para hacer una especialización en intervencionismo. Pero la idea no quedó congelada, estaban decididos a impulsar el proyecto: a idear la forma de hacer una cirugía subcutánea para un trasplante de válvula. Y así empezaron los primeros pasos, ensayando en válvulas de cerdo, a prueba y error. Pero todo fue más error que cualquier otra cosa. "David me preguntó que si los podía ayudar y me trajo una válvula para que mirara a ver", menciona Carlos con manos agitadas. En él reconocieron la habilidad manual para realizar ese trabajo delicado, la manipulación de materiales no convencionales, instrumentos y elementos de reducido tamaño.

El arte en las venas

"Yo desde muy niño he desarrollado una habilidad que nace de mi propia inquietud. Desde los 5 o 6 años no podía pasar por un basurero porque recogía lo que me llamaba la atención, lo

llevaba a la casa y empezaba a trabajarlo con cuchillos, trataba de transformarlo, de moldearlo". Dice ahora en medio de la nostalgia y los retazos de recuerdos de los días de infancia.

Carlos jugaba a crear barcos y figuras en madera, tallaba y ponía al fuego. Era una curiosidad expuesta en cuadernos de dibujo, en su sensibilidad a la creación. Con ese mismo espíritu de artista se las ingenió en la sastrería. Y su concentración no se ocupaba de bordados o moldes, de realizar patrones con costuras y dobladillos o coser bolsillos. Ese ya era un arte dominado. Imaginaba piezas con materiales no convencionales y hacia chaquetas de periódico y blusas de plástico.

"Si uno tiene un poquito de imaginación siempre hay forma de salirse de lo convencional, en ese momento esto me sirvió mucho. A mí siempre me gustó ir más allá de lo que me enseñaron, aunque se tenga el mejor maestro en la vida no hay que conformarse".

Y por eso tomó la sastrería como elemento de expresión, no tenía la capacitación de un pintor o la técnica de un escultor, de hecho no había terminado el bachillerato, pero eso no fue impedimento.

De la sastrería a la investigación

La pasión que cultivó por más de 20 años se convirtió en el motor de nuevos caminos. Y de repente este sastre se volvió investigador, y se encontró inmerso en el campo de la medicina. David y Francisco tenían la capacidad académica, el conocimiento, y él la habilidad. Pasó a convertirse en las manos de aquellas mentes científicas.



"Mire Carlos hay un catéter que es lo que se usa para una valvuloplastia pero no sirve para lo que nosotros queremos, necesitamos uno así", le decía David. Y él, después de salir del trabajo, recogía todos esos instrumentos quirúrgicos o los que encontraba en ferreterías, los disponía en la mesita café de su sala de estar y con la luz opaca de una lámpara empezaba a desarmarlos e intercambiar piezas, a unir, cortar y desechar, todo en un intento por modificarlos y encontrar la curva correcta, el ajuste que generara el movimiento preciso, a la medida anatómica del cuerpo humano.

Hacía modelos con mangueras de las curvas que tienen las venas y las arterias antes de llegar al corazón. En esta época hubo muchos tropiezos e intentos fallidos, fines de semana dedicados de lleno a materializar el proyecto y volverlo realidad. Horas y horas dedicado a este oficio, pasaban las 2 y 3 de la mañana con los ojos abiertos y desvelos que divagaban entre ideas y posibles soluciones. Tanto esfuerzo terminó por afectarlo, en su economía y en su trabajo. Le quitaba tiempo y horas en la sastrería, que aun era su única fuente de ingresos.

Esta fue la razón por la que David y Francisco, que tenían los salarios de quienes apenas se están integrando a la comunidad médica estadounidense, destinaron una parte de sus ingresos para que Carlos se dedicara 3 días a la semana al proyecto.



Era un procedimiento innovador, un implante por vía percutánea de válvula al corazón, dispositivo que disminuye la insuficiencia valvular. Una enfermedad importante, un problema de salud común que afecta a muchas personas en todo el mundo. Solo en EEUU existen 200,000 casos que requieren cirugía valvular.

Dicha cirugía es de corazón abierto, lo que implica varios riesgos y posibles complicaciones. La mortalidad en pacientes con bajo riesgo puede ser de 1 o 2% pero puede llegar a 10 y 20% en otros. Además de esta cirugía, no hay otras alternativas para pacientes que presenten esta deficiencia valvular.

He aquí la importancia del proyecto, "A new percutaneous endovascular device to decrease valvular insufficiency". Es un sistema de tubos plásticos que se parece al árbol arterial, y que conectado a una unidad de bombeo, hace circular los fluidos, imitando la función del corazón.

"Antes el procedimiento era completamente diferente, teníamos el trasplante y el remplazo de válvula, pero hacerlos percutáneos es partir la historia de la cardiología, desde ese punto, en antes y después". Dice Carlos con la mirada de orgullo que brota desde un éxito próximo a asomarse.

Empezaron a partir de nada, y 12 años después el trabajo está casi terminado. En los últimos ocho se vincularon al proyecto el cirujano Eduardo Induni del Hospital México de San José, Costa Rica. Al igual que David Fish, cardiólogo e intervencionista norteamericano, director general del Laboratorio de Cateterismo Cardiaco del Texas Heart Institute, galardonado con el premio médico - científico del National Heart Lung & Blood Institute, y dueño de la patente de un dispositivo de cateterismo dirigido a distancia.

La investigación tiene también el apoyo de instituciones como el St Luke's Episcopal Hospital, el Centro Médico Mount Sinai, el Hospital México de Costa Rica y el Hospital Brigham and Women, de la Escuela de Medicina de Harvard.

El proyecto ya tiene financiación. Ahora Carlos Mejía es uno de los nombres que aparece en revistas como *Circulation* de la Asociación Americana del Corazón y la del Texas Heart Institute. El nombre de un colombiano migrante que llegó a Estados Unidos 24 años atrás, en busca de oportunidades y que ahora camina codo a codo con los grandes de la medicina, en cuyas manos se encuentra el destino de ingeniar nuevos procedimientos para mejorar la calidad de vida, pero sobre todo, para salvar vidas.



Crónica finalista - categoría estudiantes

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuello

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuervo



Relato de un pueblo desplazado

Hace 11 años, los residentes de este caserío empezaron su travesía. Ésta ha terminado; ahora están parados en el tiempo mientras la sociedad los ignora y los deja atrás.

Con calma, una tras otra, las pequeñas olas de la Ciénaga Grande de Santa Marta rompen en la orilla de La Caribe. Vienen impulsadas por el viento desde el otro lado del complejo lagunar, de Bocas de Cataca, sector de donde es oriunda esta estirpe que,

al estilo de Cien años de soledad, parece no tener una segunda oportunidad sobre la tierra debido al olvido de los gobernantes, o a su propia ignorancia y desespero.

La Caribe es un caserío fundado por familias de pescadores, desplazadas por la masacre de Bocas de Cataca (Trojas de Aracataca para otros), ocurrida el 11 de febrero del 2000 a manos de un grupo paramilitar de la zona.

"Muchos años antes, cuando el pelotón de fusilamiento se fue..."

En ese caserío, donde ni las garzas quieren aterrizar, vive el viejo Juan Garizábalo. Este patriarca es el José Arcadio Buendía de este pueblo ubicado en el estuario que la Ciénaga Grande de Santa Marta forma al mezclar sus aguas con las del mar Caribe a la altura del municipio de Pueblo Viejo, en la carretera que comunica a los departamentos de Atlántico y Magdalena. Él fue el primero en llegar a esa zona a causa de una amenaza de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) al mando de 'Jorge 40', en que lo señalaban de 'colaborador de la guerrilla', a él, un simple pescador de ciénaga.

Garizábalo llegó a ese lote en el que sólo se levantaba una construcción en ruinas, que en épocas de la marimba, según afirma él mismo, "era como un hotel en que escondían los cargamentos que en la noche eran sacados mar afuera" por pescadores de la zona. Esa construcción casi derrumbada es su casa. Allí habita solo.



Tiempo después, los mismos que amenazaron a Juan volvieron por la zona en seis lanchas. Sacaron a los siete hombres de sus casas y los reunieron en la plaza frente a la iglesia al atardecer. Tras señalarlos de colaboradores de la guerrilla dispararon a sangre fría. Los sobrevivientes quedaron con un plazo de 24 horas en su contra.

Eso ocurrió el 11 de febrero de 2000; al anochecer, las familias salieron del pueblo aprovechando la oscuridad y la pasividad de las aguas de la Ciénaga Grande. Esas que atestiguaron tanto la masacre como el éxodo en medio de lágrimas que Ana Cecilia Samper, José Evaristo Pabón y más de 30 personas entre adultos y niños, emprendían con sus familias rumbo a "cualquier lugar", como señalan al evocar tan triste instancia de sus vidas.

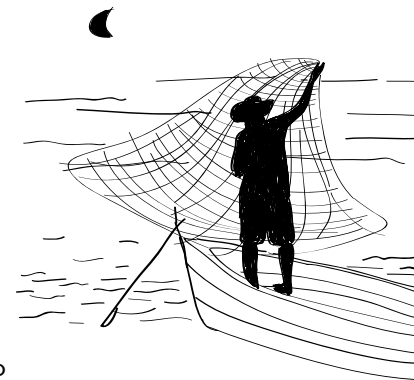
La Caribe es donde empezaron de nuevo -después de vagar dispersos por los corregimientos de la carretera entre Santa Marta y Barranquilla por cinco años-. Allí es donde se encuentran hoy, un lugar que queda lejos de donde comían lo que querían cuantas veces querían y trabajaban en lo que les gustaba: la pesca. Hoy, once años después, están viviendo en este sector en condiciones de miseria.

El nuevo Macondo y sus generaciones

El puente de 'la barra' es el mirador de este pueblo formado por 20 casitas de madera, que no superan los 4 x 3 metros y se levantan en un terreno húmedo que no tiene servicios públicos de calidad. En ese Macondo de la vida real habitan tres generaciones víctimas de la violencia, el olvido y la indiferencia.



Esas casitas fueron construidas por un ente religioso y ONG extranjeras, hace seis años. En ellas habitan hasta tres familias, contando padre, madre y un par de hijos... con sus familias.



Este es el caso de Ana Cecilia Samper, de 42 años, quien habita bajo el mismo techo de zinc con sus siete hijos, su esposo y otros ocho familiares. En ese hogar el sustento llega gracias a la venta de panes de Ana Cecilia y la pesca de su esposo, Jader Charris, de 43 años, tarea difícil que él desempeña en la noche, ayudado por uno de sus pequeños hijos, en una embarcación alquilada o prestada, según consiga. Todo para obtener los alimentos que en muchas de las familias de La Caribe hacen falta, pues a veces es medio día y no han desayunado ni siquiera los que viven solitarios como el veterano Juan Garizábalo.

Esas casas, fueron construidas como solución temporal y se convirtieron en definitivas. Precario servicio de electricidad, pésimo acueducto y nulo alcantarillado, además de la compañía de mosquitos, enfermedades e infecciones, por falta de salud e higiene pública. En La Caribe, la gente ha aprendido a vivir con sonrisas constantes pese a no saber escribir su nombre, viendo crecer a la generación siguiente creada a partir de los niños con quienes huyeron de "ellos" (los paramilitares) hace 11 años, y que hoy son hombres y mujeres que se enamoraron entre sí, empezaron a convivir y hoy son padres de la tercera generación de este nuevo Macondo, en el que nadie ha nacido con cola de cerdo, sino que lo diga *Norma, (*no quiere revelar su identidad) quien con 18 años es madre de cuatro pequeños enfermizos y desnutridos. Ella es vecina de Ana Cecilia, y al parecer son parientes, aunque ni lo niegan, ni lo confirman.

Al otro lado del caserío, en lo que podría llamarse la primera calle, frente a la carretera que comunica a los departamentos de Atlántico y Magdalena, Humberto Garizábalo, hermano de Juan, quien tenía 57 años al salir de Bocas, pide al cielo constantemente. En sus plegarias, clama por conseguir de parte del Estado –ese que un día le falló por un error en su cédula- una embarcación con la que pueda “dedicarse a su arte”: la pesca, y poder conseguir “algo que dejarle a su hijos”; palabras sabias y bañadas por lágrimas de alguien que en su analfabetismo “conoce la letra O, sólo por ser redonda”.

Totalmente distinto a Bocas, y al Macondo de García Márquez, en La Caribe no hay plaza. Al norte y al oriente, la ciénaga Grande de Santa Marta, al sur, algún caserío oculto tras la vegetación de manglar que no alcanza gran altura, y al occidente, la carretera Troncal del Caribe. Así, encerrados por pavimento, agua y plantas, se extendieron sobre 1 kilómetro cuadrado, las 20 casas más parecidas a dados que a viviendas dignas. Aquí la dignidad está en las sonrisas inocentonas y tímidas de estos “migrantes” que dejaron de ambular; pues no hay ningún Coronel que quiera morir fusilado con ella.

Lo más cercano al coronel Aureliano Buendía de García Márquez, es Carlos Modesto “El Pollo” Castro. Él es quien activamente da cara, y “se da en la cara”, según dan a entender estas personas, para defender los derechos de todos los habitantes de La Caribe, la mayoría analfabetas. Con aproximado 1,60 metros de estatura, piel morena, rojiza por el sol y gran entusiasmo al hablar, “el Pollo” evoca a los juglares griegos, a quienes se asemeja al entonar décimas que hablan de su entorno y de la situación de los residentes del caserío. Castro enfoca sus energías en elevar acciones de tutela, papeleos para subsidios y demás procesos que la burocracia colombiana tiene en programas para desplazados.

Sus acciones son muchas veces inútiles, “los políticos le bailan el indio” a esta suerte de caudillo chaparro que, con lo poco que tiene, hace malabares para todos en el caserío.

La historia desde afuera

La invisibilidad de estas personas intenta ser quitada, por entes como el Proyecto Redecs, la Defensoría del Pueblo, la Asociación Tierra de Esperanza y otros que en conjunto propenden que el mundo sepa lo que ocurre en La Caribe.

Miriam Awad, representante legal de Tierra de Esperanza, con voz calmada y muy rápidamente, expresa que en La Caribe el abandono estatal es la pauta marcada. Dice que allá se necesita más que la ayuda de fundaciones como la que ella representa. Sin embargo, esas ayudas de fundaciones son alicientes para los habitantes de esta tierra con dueño, que en cualquier momento puede mandar desalojar su lote. Sí, ese hotel derribado en que habita el viejo Juan es la prueba de que ese pedazo de tierra tiene dueño. Un dueño que nunca ha ido, pero que todos saben que existe. Lo cual hace “vulnerables” –más aún- a estas personas.

Lo cierto es que la palabra vulnerable se convierte en una debilidad para ellos, es motivo para convertirlos en fantasmas, aprovechándose de su mínima educación para vacilarlos como



perro juguetero cuando desean pedir lo merecido. A esa conclusión se llega al conversar con el sociólogo Edimer Latorre, autor del libro "De aplazados a desplazados: la realidad de los derechos de las personas en condición de desplazamiento forzoso en la ciudad de Santa Marta". El libro es resultado de una investigación que muestra la radiografía de la situación que viven los desplazados ante los estamentos del gobierno que, en el caso de La Caribe, quedan bajo la jurisdicción del municipio de Pueblo Viejo.

En este Municipio, en que su Alcalde reside en otra ciudad, la única representación administrativa que da su versión, es Osman Echeverría, coordinador del Umata (Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria). Él explica que La Caribe, tiene varios problemas de marco jurídico que limitan el trabajo de la administración.

Primero, ese terreno es zona protegida, por estar dentro del vía-parque Natural Isla de Salamanca, y está a la orilla de la carretera que en un futuro pretende ser ampliada a doble calzada. Estos dos factores se suman al de ser un terreno privado que está invadido. Agréguese a esto lo que el funcionario llama un problema cultural en que estas personas se han acostumbrado a estar pidiendo, ateniéndose a la caridad.

A ese último factor, Echeverría suma la ignorancia de los residentes en este nuevo Macondo. Quienes, a su juicio, son víctimas del "Pollo" Castro. El coordinador de Umata dice que Castro muchas veces pide dinero a la gente del caserío con el pretexto de adelantar trámites que nunca se cristalizan. Finalmente, en su corta entrevista, expresa que la solución está en la capacidad de emprendimiento de estos desplazados, calificativo que, según él, perdieron al haber pasado un lapso de tiempo comprendido por el Estado, el cual él no recuerda.

Sobre esto, la sección 7 del Capítulo II de la Ley 387 de 1997, dice que el estado de desplazado cesa cuando éste logra estabilizar su condición socioeconómica en su lugar de origen o en un lugar nuevo. Ni lo uno, ni lo otro ha ocurrido en La Caribe, el nuevo Macondo.



El rostro de la esperanza

En la única casa de material (cemento) del pueblo, está José Evaristo 5 años. En el interior, él remienda su malla para capturar camarones. Está en lo que equivale al patio; en el lugar no hay cercas que limiten a los vecinos, quizá eso influye en la superpoblación infantil nacida en La Caribe.

La vivienda de José Evaristo luce así, gracias a que fue beneficiado en el año 2007 por el Banco Agrario debido a un programa de construcción de hogares dignos de habitar en varias zonas vulnerables del país. Afirma él mismo.

Este desterrado pero alegre hombre, comenta, muy orgulloso, que tiene 20 hijos, de los cuales vive con cinco, junto a su callada pero amable mujer, María Guerrero de 48 años –quien aparenta más a juzgar por sus canas y arrugas-; ellos son un rostro hablante de las secuelas de una masacre. Ellos, huyeron de Bocas cuando su hija mayor tenía dos años de edad; hoy tiene 13 y ha visto cómo crecen sus cuatro hermanitos, nacidos en La Caribe, lejos de la tierra de sus padres.

Los Pabón Guerrero, sobreviven con la venta de camarones de José y con los frutos que emergen de las tres plantas de banano escondidas al costado de su casa, junto a su segunda cosecha de patilla casi sumergida en la Ciénaga. Los bejucos de la patilla son usados como puentes por diminutos cangrejos cienagueros.

Las historias contrastan en sus desenlaces, pero todas nacen de la fuente del desplazamiento producto de una violencia enraizada hace más de 40 años en el país.

Este ha sido solo un capítulo de esta historia que inició hace más de una década en la otra orilla de la Ciénaga Grande. Sus protagonistas han hablado, se han mostrado. Mientras todo esto pasa, en La Caribe, como en el Macondo de Cien Años de Soledad, todos están condenados al olvido mientras las olas siguen yendo y viniendo de orilla a orilla.



Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____



Crónica Migrante

Nombre: _____

Dirección: _____

Ciudad: _____ País: _____

Fijo: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____



Crónica Migrante 2011

Ministerio de Relaciones Exteriores
María Ángela Holguín Cuéllar
Ministra

Departamento Administrativo para la Prosperidad Social
Bruce Mc Master
Alto Consejero Presidencial para la Acción Social

Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios de Comunicación
(AFACOM)
Luisa Fernanda Vallejo Cruz
Presidenta

Organización Internacional para las Migraciones (OIM)
Marcelo Pisani Codoceo
Jefe de Misión

La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada, en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de principal organización internacional para las migraciones, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para ayudar a encarar los desafíos que plantea la migración a nivel operativo; fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias; alentar el desarrollo social y económico a través de la migración y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

Los contenidos de las crónicas son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan las opiniones del Ministerio de Relaciones Exteriores, el Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, la Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios de Comunicación (AFACOM), ni de la OIM.

© Organización Internacional para las Migraciones (OIM)

Concepto, diseño y diagramación:

Donación del Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda
Aleida Sánchez B.
Zamara Zambrano S.
Mauricio Suarez B.

Corrección de estilo

Jorge Camacho Velásquez

Producción

www.tallercreativoaleida.com.co

Bogotá, D.C. Colombia
Primera edición

ISBN: 978-958-8469-58-4

500 Unidades
Febrero de 2012

Impreso y hecho en Colombia

Reconocimientos

Crónica ganadora en la categoría de profesionales: "El mercado de Babel"

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia

Crónica ganadora en la categoría de estudiantes: "Tráfico de esperanzas"

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra – Estudiante de Maestría en guión, narrativa y creatividad audiovisual – Universidad de Sevilla (España)

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Crónica finalista en la categoría de estudiantes: "El sastre que hace ciencia"

Autora: Juanita Hincapié Mejía – Estudiante de V semestre de Comunicación Social y Periodismo, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales

Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez

Crónica finalista en la categoría de estudiantes: "La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI"

Autor: Eduardo José Marín Cuello – Estudiante de IX semestre de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Sergio Arboleda Seccional Santa Marta

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

Agradecimientos especiales

Al equipo organizador:

Martha Cecilia Toro Pinzón

Asesora - Oficina Asesora de Comunicaciones

Miguel García

Asesor - Oficina Asesora de Comunicaciones

Departamento Administrativo para la Prosperidad Social

Martha Lucía Díaz Rivera

Asesora de Comunicaciones

Programa Colombia Nos Une – Ministerio de Relaciones Exteriores

Luisa Fernanda Vallejo Cruz

Presidenta AFACOM y Directora del Departamento de Comunicación Social y Periodismo

Nataly Sastoque Riaño

Practicante Apoyo a Dirección Programa de Comunicación Social y Periodismo

Universidad Central

Jorge Gallo Hoyos

Coordinador de la Unidad de Prensa e Información Pública

Karen Mora Castro

Comunicadora de la Unidad de Prensa e Información Pública

Donna Cabrera

Especialista en Cooperación Técnica

Samir Puerta

Especialista en Migración y Desarrollo

OIM

A las universidades:

Francisco de Paula Santander, Fundación Universitaria del Área Andina, Fundación Universitaria Luis Amigó, Universidad Autónoma del Caribe, Universidad Central, Universidad del Cauca, Universidad Francisco de Paula Santander y Universidad Santiago de Cali.

Al Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda, que donó el concepto comunicativo, el diseño, la diagramación y la corrección de estilo.

calendario 2013

Agradecimientos especiales

A los jurados:

Antonio Roveda - Comunicador Social-Periodista con Especialización en Comunicación Empresarial de la Universidad Externado de Colombia; Diplomado en Investigación Social Aplicada y estudios de Doctorado en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, España. Actualmente es Director del Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana y Par Académico Evaluador del Ministerio de Educación Nacional de Colombia en las Salas de Ciencias Sociales y Humanidades, para CNA y CONACES para programa de pregrado y postgrado en Comunicación y Ciencias Sociales. Asesor nacional e internacional en evaluación y formación por competencias de varias universidades iberoamericanas. Decano, docente, investigador, periodista y autor de varios libros, artículos, ensayos e investigaciones sobre formación en Comunicación y por competencias; currículo, evaluación en Educación Superior; políticas públicas en Educación e Iberoamérica; Globalización y Educación Superior, entre otros. Jurado de más de 20 premios nacionales en Comunicación y Periodismo.

Javier Darío Restrepo - Maestro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano desde 1995. Periodista desde hace 52 años. Experto en ética periodística, catedrático de la Universidad de los Andes y conferencista en temas de comunicación social. Ha sido columnista en El Tiempo, El Espectador, El Colombiano y El Heraldillo. Recibió el premio nacional de Círculo de Periodistas de Bogotá en la categoría de prensa en 1993, así como el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1985 y 1986. Además recibió los premios San Gabriel del Episcopado Colombiano en 1994, Germán Arciniegas de la Editorial Planeta en 1995 y el premio latinoamericano a la ética periodística otorgado por el Centro Latinoamericano de Periodismo -CELAP-, auspiciado por la Universidad Internacional de la Florida en 1997. Es autor de 22 libros y su título más reciente es *La Niebla y la Brújula*. Tomado de: <http://www.fnpi.org/maestros/directores-de-talleres/>

Marisol Gómez - Editora del Primer Cuadernillo del periódico El Tiempo (Debes Saber). En este periódico comenzó como corresponsal, fue redactora de varias secciones y luego fue editora nocturna y editora de secciones. Es Comunicadora Social - Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y Magister en Ciencia Política de la Universidad de los Andes (Bogotá). Es autora del libro *Desterrados, Cicatrices de la Guerra en Colombia* (de Intermedio Editores) y coautora en los libros *Años de Fuego* (de Planeta y Revista Semana), *Crónicas de Secuestro* (de Ediciones B) y *Crónicas del Premio Nacional de Paz* (de Fescol y el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina). Ha sido profesora en las facultades de periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana y de la Universidad Pontificia Javeriana y tallerista en la Universidad de los Andes, la Universidad Sergio Arboleda, el Proyecto Antonio Nariño y la Corporación Medios para la Paz. Ganó el premio del Círculo de Periodistas de Bogotá en 2005 y 2006, y el premio de periodismo Simón Bolívar en 2007.

Pilar Lozano - Periodista y escritora de literatura infantil. Ha publicado 17 libros: *La estrella que le perdió el miedo a la noche*; *Turbel, el viento que se disfrazó de brisa*; *Colombia, mi abuelo y yo*; *El violinista de los puentes colgantes*; *Socaire y el capitán loco...* El último, *Así vivo yo*, recoge historias de vida de niños de distintas regiones del país. Durante más de 25 años fue corresponsal independiente en Colombia del diario El País de España; ahora colabora de manera esporádica. Se ha especializado, además, en el tema de infancia y conflicto, lo que reflejó en el libro *La guerra no es un juego de niños*. En los últimos años ha dictado talleres sobre crónica y cuento en el Programa Relata (Red de Escritura Creativa) y de periodismo responsable con Medios para la paz. En Colombia, Brasil, Costa Rica y México ha dictado talleres sobre periodismo responsable en temas de infancia. Ha ganado en dos ocasiones el premio Simón Bolívar y en 2004 recibió el premio Vida y obra al mérito periodístico del CPB.

Enero

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		

Febrero

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28		

Marzo

D	L	M	M	J	V	S
						1
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30
31						

Abril

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

Mayo

D	L	M	M	J	V	S
				1	2	3
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

Junio

D	L	M	M	J	V	S
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23	24	25	26	27	28	29
30						

Julio

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30	31			

Agosto

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

Septiembre

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30					

Octubre

D	L	M	M	J	V	S
			1	2	3	4
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		

Noviembre

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24	25	26	27	28	29	30

Diciembre

D	L	M	M	J	V	S
		1	2	3	4	5
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31				

Contenido



Ganador

Categoría **profesional**

El mercado de Babel

Autora: María Fernanda

Ampuero Velásquez

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia



Ganador

Categoría **estudiantes**

Traficante de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

– Estudiante de Maestría en guión, narrativa y creatividad audiovisual – Universidad de Sevilla (España)

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra



Crónica finalista

Categoría **estudiantes**

El sastre que hace ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

– Estudiante de V semestre de Comunicación Social y Periodismo, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales

Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez



Crónica finalista

Categoría **estudiantes**

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuello

– Estudiante de IX semestre de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Sergio Arboleda Seccional Santa Marta

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

La mirada dignificante del periodismo al desplazamiento forzado

El desplazamiento forzado en Colombia exige que la sociedad civil, el sector privado, y el Estado en general aúnen esfuerzos, políticas, recursos y sobre todo voluntades para que aquellas familias que tuvieron que abandonar sus tierras, su pueblo, su gente, sus costumbres, su trabajo y, sobre todo, su diario vivir, tengan de nuevo un goce efectivo de sus derechos.

La compasión y el asistencialismo no pueden ser el motor de una sociedad para reparar a los hombres, mujeres y niños que por el conflicto armado, o por la violencia generalizada, o por violaciones a los derechos humanos o al derecho internacional humanitario se vieron sometidos al desarraigo... como tampoco lo puede ser para el periodismo registrar o contar las historias de estos colombianos sin tomar la fuente de sus sentimientos, que sometidos al dolor, se traducen en la semilla de esperanza para buscar un mejor mañana.

“Crónica Migrante: una mirada dignificante de un caso de migración interna o externa desde el relato periodístico”, se convirtió en un espacio que la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional, hoy Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, no podía dejar pasar para sensibilizar a cientos de jóvenes estudiantes de comunicación social y periodismo en diferentes partes del país sobre el desplazamiento forzado en Colombia.

El amarillismo, los titulares que abren noticieros enmarcados en sangre y violencia donde la muerte va en negrilla, poco espacio le dejan a aquellos géneros periodísticos de radio, prensa y televisión que van más allá, que cuentan la historia de los migrantes que se alejan de aquello que llena de miedo sus días para tener el derecho a una vida digna.

Las buenas noticias no siempre “venden”, pero el profesionalismo, la rigurosidad del trabajo periodístico en busca de la verdad para contarla, le ética y el respeto por los protagonistas de nuestras historias, nos obligan a dar una mirada dignificante al desplazamiento forzado para que estas víctimas de la violencia vuelvan a sus tierras o se reubiquen en otras con su dignidad en alto, una mirada optimista y su fuerza para luchar por un mejor mañana, donde sean protagonistas de su propio amanecer de la mano de una sociedad civil y de un Estado solidario y facilitador interesados en que sus sueños se vuelvan realidad.

Samuel Salazar Nieto
Comunicaciones
Departamento Administrativo para la Prosperidad Social

El encuentro con los otros

Los migrantes y los emigrantes se mueven por causas similares: buscan oportunidad. Algunos se mueven con la certeza de la posibilidad; otros transitan hacia el encuentro con la nada, incierta dimensión de la existencia humana que conduce a un estado de agonía, fijada por las maneras de sujeción impuestas por otros.

Entre los migrantes internos, las personas en situación de desplazamiento conviven con el miedo que les procura el seguir viviendo en medio de la adversidad; pese a tanta indignidad, el ímpetu de estos hombres y mujeres les conduce a transitar por otros caminos para resignificar sus maneras de estar en el mundo de la vida.

Frente a estas situaciones reales que concurren en nuestro país, en medio de las más diversas y variadas crisis de legitimidad, la OIM y AFACOM aunaron sus voluntades de trabajo con el apoyo decidido de otros aliados: el Departamento Administrativo para la Prosperidad Social, el Programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores y de las universidades a través de los Programas de Comunicación Social y Periodismo, para reflexionar sobre las migraciones. Juntos hemos iniciado la apertura de espacios donde tienen lugar diálogos imperfectos: abrigamos la emergencia de otras miradas, de otras formas de nombrar lo existente, de repolitizar las acciones y de emancipación.

Hemos iniciado una tarea con los periodistas, los estudiantes y los profesores. Juntos hemos imaginado la posibilidad de escenarios distintos desde la agencia del comunicador; este es nuestro compromiso con el país. En razón de esto desarrollamos siete talleres a los cuales asistieron más de 850 personas, cuyas narraciones sobre los migrantes permitieron la apertura del concurso denominado Crónica Migrante. AFACOM puso en circulación documentos, investigaciones e informes, concernientes a este tema con el fin de dar fundamento a la opinión.

En una esfera más reducida, la del trabajo de gestión con la OIM, debo expresar mi reconocimiento y agradecimiento a Karen Mora y a Jorge Gallo, el rostro humano de la organización. Trabajar junto a ellos ha sido enriquecedor, su calidad humana y compromiso facilitan la toma de decisiones y, de manera importante, invitan a continuar edificando.

Luisa Fernanda Vallejo Cruz
Directora Departamento Comunicación Social y Periodismo
Universidad Central
Presidenta
AFACOM

Crónica migrante 2011: vidas en movimiento

Según el Glosario de Migración de la OIM, un migrante es aquel que ha residido en un país diferente al de su origen por un período superior a un año. Pero más allá de la formalidad académica, un migrante es un ser humano como todos, con sueños y necesidades, pero enmarcados entre el dolor del desarraigo y la esperanza de un futuro mejor. Es por eso que creemos que las historias de los migrantes, de sus sueños y sus necesidades, merecían un espacio como el concurso Crónica Migrante.

Asistimos a un momento en la historia de la humanidad en el que la movilidad hace parte integral de nuestras vidas. En el planeta hay aproximadamente 214, millones de personas, 3.1% de la población mundial, que migran por diferentes razones. Hace 25 años esa cifra era menos de la mitad y se ha calculado que podría llegar duplicarse en los próximos 30 años.

Colombia es un ejemplo claro de este fenómeno. Lo demuestran datos como el número de colombianos que viven en otros países (3,3 millones según el censo del DANE de 2005), los más de 3 millones de personas en situación de desplazamiento interno (según el DPS) y las cifras relacionadas con las poblaciones en zonas de fronteras, entre ellas grupos étnicos que temporalmente van y vienen desde y hacia los países vecinos.

Desde 1956, la OIM trabaja en Colombia para el bienestar de los migrantes y, entre ellos, los más vulnerables. Hoy en día, junto a programas tradicionales de atención a los migrantes, la organización ha rediseñado su plan estratégico para responder a los nuevos retos y prioridades del país, entre las cuales me gustaría destacar las actividades relacionadas con la reparación a las víctimas del conflicto, incluyendo la restitución de tierras, el desarrollo de las zonas de frontera y el manejo de riesgos en el marco de la emergencia producida por el fenómeno de La Niña. Nuestras prioridades también incluyen la trata de personas y la reintegración de aquellos que se desvincularon de grupos armados ilegales, tanto adultos como menores de edad. Todos estos temas son el reflejo de una compleja situación social, pero también representan la voluntad del Gobierno y la sociedad en su conjunto por resolverla y construir una paz sólida y duradera.

En el marco de la conmemoración de nuestros 60 años de trabajo en el mundo, con el apoyo del Departamento para la Prosperidad Social, el Programa Colombia Nos Une del Ministerio de Relaciones Exteriores, y la Asociación Colombiana de Facultades y Programas Universitarios en Comunicación (AFACOM), convocamos a estudiantes y profesionales al concurso "Crónica Migrante: una mirada dignificante de un caso de migración interna o externa desde el relato periodístico".

celebrando cada día el oficio de comunicar

El proceso implementado para la divulgación del concurso se convirtió en un interesante espacio de reflexión, materializado en siete ciudades del país y al que acudieron más de 800 estudiantes y profesores de comunicación social y profesiones afines. En esos siete talleres se discutió sobre el fenómeno de la migración y se estimuló el cubrimiento periodístico responsable y ético de las temáticas relacionadas.

Como reconocimiento al esfuerzo e interés de los participantes compartimos a través de esta publicación los trabajos ganadores de las categorías estudiantes y profesionales, y dos finalistas de la categoría de estudiantes. Son cuatro historias que reflejan algunas de las situaciones que se presentan en un mundo en continuo movimiento.

Marcelo Pisani
Jefe de Misión en Colombia
Organización Internacional para las Migraciones – OIM

El Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda. apoya esta propuesta de la Organización Internacional de las Migraciones porque es su gusto y su opción celebrar cada día **el oficio de comunicar** lo que cuida y hace bella la vida en el planeta: los baños de sol y la luna en la ventana, los días de lluvia y las cometas al viento, el amor, la equidad de género, la felicidad de las niñas y los niños, el buen trato, la libertad, el consumo responsable, la esperanza, la compañía, la ciudadanía, el buen gobierno y otras muchas causas nobles, como la migración en condiciones dignas que beneficie a las personas migrantes y contribuya al desarrollo del país de origen y del país de destino, o la atención a la población en situación de desplazamiento forzado.

Aleida Sánchez B.
Dirección Creativa
Taller Creativo

El Mercado de Babel

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez



Ganador - categoría profesional

Fotos: Eduardo Sánchez de León Herencia

El Mercado de Babel

Autora: María Fernanda Ampuero Velásquez

Una cosa es contarlo y otra es verlo. Olerlo. Escucharlo. El Mercado de los Mostenses de Madrid es –literalmente- eso que algunos llaman *melting pot*, la olla de la mezcla.

Y justamente de ollas va la cosa porque aquí, en estos alucinantes dos mil metros cuadrados, se encuentran los ingredientes para prepararlo todo: desde cebiche (sí, hay corvina, sí, hay concha prieta) hasta cous cous, borsh, asado, pollo massala o esos deliciosos e impronunciabiles platos chinos que uno, como niño, tiene que señalar con el dedo.

Paisajes de Las mil y una noches, el trópico más profundo, las pagodas, los zocos, un póster del Barcelona Sporting Club, un par de pandas dibujados, el Cristo de los Milagros, un gatito dorado con la pata levantada, un letrero de *Hoy no fío mañana sí*, incienso, las montañas de Cochabamba, un narguile, luces navideñas en abril... La decoración de los 99 puestos del céntrico mercado es una metáfora de la ciudad. La olla de la mezcla: el 17% de los seis millones de madrileños nació fuera de España.



"¿Quién va?", "¿qué más te pongo?", "¿a cuánto el tomate?", se funden diez, veinte, cincuenta acentos distintos entre el inconfundible aroma de las hierbas, las frutas y las especias que a cada uno, transportado a la infancia, le recuerdan la cocina de su casa, las manos de su madre. Magia. En el Mercado de los Mostenses también se vende magia.

Cebiche chino

Como la de Lyly, la maravillosa Lyly y su marido Xiao (al que algunos llaman "Juan" y otros "Luis", según el día) que de su cocina sacan sopa de mote, churrasco, lomo saltado y cebiche, pero también cerdo agri dulce, sopa de won tong y otras glorias de la gastronomía oriental. Porque, claro, Lyly y Xiao son chinos, pero su restaurante se llama Exquisiteces Latinas. "¿Por qué?", le preguntamos frente a un plato de arroz chaufa (¡ide muerte!) y ella explica, en su español sin artículos, que el local pertenecía a unos peruanos y que, al comprar el traspaso, decidió mantener el nombre y también los platos. "Marido va restaurantes peruanos para sabor", explica, pura risa, pura dulzura. Xiao ni aparece, está en la diminuta cocina lidiando con la inexplicable manía latinoamericana de comer pescado crudo con limón.





La madrileña es peruana

Abajo, en la pescadería La Madrileña, no dan abasto. Chicharro, jurel, tollo, palometa, toko... Entre hielos y con el ojo sorprendido, decenas de pescados de todos los mares del mundo se ofrecen a compradores de todas las tierras del mundo. La Madrileña tiene un nombre inconfundible, pero lo que confunde es que su dueño, Manuel Tisnado, no haya crecido en la castiza Plaza Mayor, sino allá, al otro lado del mar, en Lima. Otra vez, "¿por qué?" Y él cuenta que así se llamaba el local cuando lo compró al madrileño pescadero y que así quedó. El nombre es lo de menos, lo que despierta emoción es que en el puesto de Manuel se pueden comprar pedacitos del Pacífico, esos que –caprichoso paladar– saben a lo que debe saber un pescado y no se hable más.

El también peruano César Benites sí cambió el nombre a su local. Él no le da importancia, pero el día en el que las letras "Frutas Benites" (en rojo flamante) reemplazaron las de "Frutas Otero" debe de haber sido uno de los más felices de su vida. Después de años de dura inmigración y de "vender papas y cebollas para otro" (Otero) por fin era el propietario y aunque "trabajo más que antes" se emociona al pensar que sus hijos van a heredar una forma de ganarse la vida que tiene su apellido. Su empresa familiar. "Mi pequeña empresa, sí".

"Madrina, otro bollo"

Blanca Sánchez y Mario Flor están abrigados como si se fueran a Groenlandia. Llevan 15 años en Madrid y el frío todavía les saca lágrimas, a ellos que son pura risa. La nostalgia por el calor es una de las más feroces, sobre todo cuando el invierno parece inagotable, eterno. Su bar, en una esquinita del mercado, es un altar de la ecuatorianidad con su bandera, sus sucses, sus fotos del Malecón 2000 y, por supuesto, su oferta de bollo de pescado, encebollado y bolón con chicharrón. La gloria como quien dice. Tras un par de cervezas la amistad es irrompible. Blanca cuenta que en estos años ha visto transformarse Madrid no en el mestizaje racial ni en la variedad de idiomas, sino en la oferta del mercado. "Cuando yo vine había 350 ecuatorianos en España (!!). El verde y la hierbita había que comprarlos a precio de oro en El Gourmet de El Corte Inglés", cuenta de esos primeros tiempos y para





Son las tres. Se van rengueando los últimos carritos de la compra y sus propietarias. El fin de la jornada lo anuncia el chirrido de 99 rejillas y los diez, veinte, cincuenta acentos que comentan la jornada. Emociona que gente de tantos sitios distintos, con creencias, anhelos y pasiones quizá irreconciliables puedan convivir en armonía. Eso es lo que hace único a los Mostenses.

Pero una cosa es contarlo y otra es verlo.



sorprender añade: "¡el ramito de hierbita salía a mil pesetas!". ¿Y eso cuánto es? Pero Blanca, contagiada por el mal de gran parte de los españoles, no sabe traducir a euros. Se ríe: "¡un platá!". Alguien le pide otro bollo y otra cerveza. Más amigos, más risas, "¿tú qué eres, barcelonista o emelecista?". Si no fuera por el frío...

Boguerones y mote

Terminamos el recorrido en el local más antiguo: el de Faustino Barroso, 42 años detrás del mostrador y el último propietario de su generación. No quiere fotos, no se siente importante como para estar en una revista. ¡Pero sí ha sido el testigo de toda esta inverosímil transformación! Sonríe halagado. Al lado de sus quesos curados, el azafrán, los boquerones en vinagre y los pimientos del piquillo tiene harina para arepas, mote, papa seca. "Me pedían, pedían, pedían, yo no sabía qué eran esas historias", cuenta de los clientes de los primeros tiempos de la inmigración. ¿No había extranjeros cuando abrió el mercado, hace 58 años? "Sí, venían los catalanes del Centro Catalán de Plaza de España", ríe con picardía.



Traficante de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra



Ganador - categoría estudiantes

Fotos: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Traficantes de esperanzas

Autor: Julián Andrés Espinosa Sinisterra

Maleta en mano, pequeña para despistar. Cámara fotográfica colgando del cuello. Gafas oscuras, bufanda en croché y jersey negro, gorro francés coquetamente inclinado hacia adelante. Lugar: aeropuerto internacional Alfonso Bonilla Aragón en la ciudad de Cali, Colombia; temperatura: 32° a la sombra.

Rosa María Esguerra¹, zapatera de oficio, emprendedora por convicción y negociante de lechonas, pulseras y rifas por necesidad, camina firmemente por el pasillo de embarque del aeropuerto. Atrás, su familia contiene las lágrimas para no delatar su partida definitiva. Rosa viaja con la promesa legal de retornar al país al término de sus vacaciones, pero con la convicción absoluta de no volver hasta conseguir dinero suficiente para pagar las deudas del viaje, la hipoteca de la casa y el estudio de su último hijo. Su mayor dolor, tejer el camino de ida sin saber cuándo lo deshará de vuelta; peor aún, desconocer si al volver encontrará a todos los que deja al partir. Corre el año 2001 y Rosa se revienta en un llanto silencioso que mezcla la emoción de su primer viaje en avión

y la incertidumbre de lo que vendrá. La azafata anuncia el despegue del vuelo de Iberia con destino a Madrid.

Ya en el avión no hay reversa. Será la primera de más de 50 emigrantes conocidos a quienes ayudará a escapar de la realidad colombiana, aquella que anuncia una deuda para asegurar el fin de mes, la que impulsa la creatividad financiera y convierte en profesionales de la arepa y el chocolate a madres solteras, en taxistas a ingenieros, en comerciantes a madres desesperadas.

Nadie espera a Rosa en Madrid. Sola, sin una mínima idea de cómo proceder, camina llevada por el instinto sobre las rampas de desplazamiento de la Terminal S4 del Aeropuerto Internacional de Barajas. Sigue la masa, esperando que el camino se acabe y ella tenga el tiempo de preguntarse para donde va. Sin embargo, al pasar del tiempo la opción sigue siendo la misma; caminar hacia adelante sin mirar atrás, como lo ha venido haciendo desde que tomó la decisión de emigrar.



¹ Nombre ficticio para proteger la identidad de la fuente.

Cinco años después mi madre, también zapatera y traficante de artesanías y colonias, consideraría seriamente seguir el mismo camino.

- Y que van a hacer ustedes? Preguntaba mamá.
- Ya estamos grandes y sabremos cómo actuar. No somos unos bebés, mamá.

El gran dilema era papá. Lo suficientemente joven para continuar pero demasiado viejo para el mercado laboral, papá depositaba sus esperanzas en la ilusión de viajar a España y trabajar al lado de su mujer. Un sin número de improvisaciones financieras lo habían llevado a hipotecar la casa, abandonar el empleo, ser víctima de robo por un mal llamado abogado familiar, caer reiteradamente en estafas por internet y, finalmente, desistir de cualquier posibilidad de continuar intentándolo, ya sea por falta de financiación o por carecer de fuerzas para volver a perder.

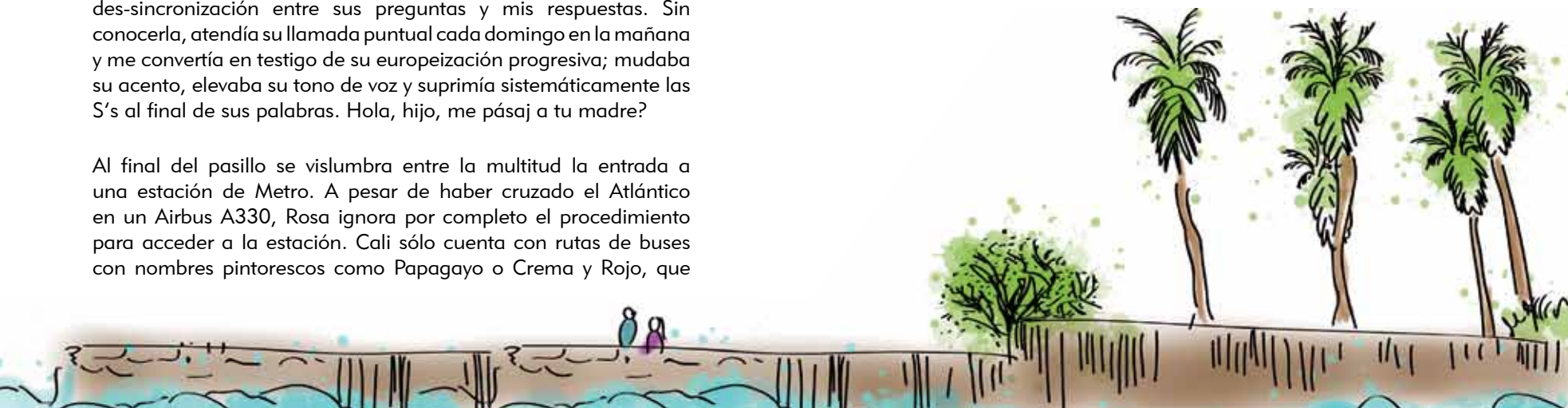
Rosa era un espejismo sonoro; entraba a casa en forma de voz electrónica recorriendo el Atlántico en un par de segundos, tiempo que se veía evidenciado por la des-sincronización entre sus preguntas y mis respuestas. Sin conocerla, atendía su llamada puntual cada domingo en la mañana y me convertía en testigo de su europeización progresiva; mudaba su acento, elevaba su tono de voz y suprimía sistemáticamente las S's al final de sus palabras. Hola, hijo, me pásaj a tu madre?

Al final del pasillo se vislumbra entre la multitud la entrada a una estación de Metro. A pesar de haber cruzado el Atlántico en un Airbus A330, Rosa ignora por completo el procedimiento para acceder a la estación. Cali sólo cuenta con rutas de buses con nombres pintorescos como Papagayo o Crema y Rojo, que

paran en cada esquina ante la señal inequívoca de un posible pasajero agitando el dedo estirado o cada que la puerta trasera acumula tantos pasajeros ansiosos de bajar y el chofer tantos insultos que no le queda de otra que detenerse. Aquellos métodos no parecen muy apropiados para ser aplicados en este sistema, a todas vistas, más sofisticado. No le queda de otra que preguntar en información.

- Ay, mire niña, es que yo vengo solita y no conozco a nadie acá. Por qué no me hace el favor y me dice como es que yo hago para ir a donde salen los aviones pa Sevilla. Yo voy pa Sevilla y no sé ni como hacer ni ná.
- Señora, debe tomar el metro en dirección Terminal S4 hasta la última estación. Ahí pregunta usted y le pueden indicar...
- Ay, pero yo no sé coger eso!
- Permítame le explico...

Nunca pensé que ver cruzar a mi madre la puerta de emigración fuera tan duro. A mis 23 años, con la carrera casi terminada y



con una independencia económica ganada a base de trabajo como profesor en un colegio privado a escasos quince minutos del aeropuerto, ver partir a mi madre sin fecha de regreso significó el derrumbe emocional de mi aparente valentía. Una semana antes, tras la aprobación de su visa y su regreso de Bogotá, había dedicado mis ratos libres a transportarla por la ciudad despidiéndose de sus amigas. "Sí, Rosa me ayudó", les repetía a todas exhibiendo una mirada de Gioconda criolla que podría preceder el llanto o la risa. En cada visita me burlaba un poco de la reacción de sus amigas al recibir la noticia sin sospechar siquiera la reacción que tendría ante su despedida; conversábamos un poco en cada trayecto y aparecían en cada conversa las mismas preocupaciones repetitivas: pobrecito su papá... y si se enferma su abuela..? y a ustedes, muchachos, no les da pesar..? Mamá nunca había salido de casa. En realidad, hasta entonces nunca nadie en la familia había salido de casa para vivir por fuera. No imaginábamos el vacío que se sentiría.

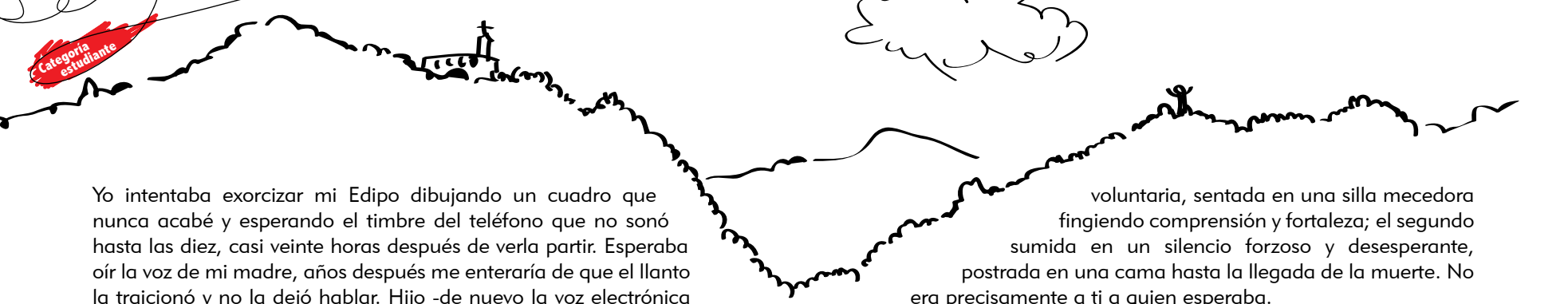
Aún con el jet lag en la cabeza, Rosa María limpia polvo, barre, trapea, guisa, lava platos, vuelve a trapear, intenta comprender el funcionamiento de la plancha vaporeta y descubre el lavavajillas, todo esto muerta de sueño, para luego volver a la cama sin poder pegar el ojo. La primera semana es de llantos, llamadas y trabajo; comunicaciones constantes con sus hijos en Colombia, sesenta céntimos y tres lágrimas el minuto.

- Te vas a enfermar si no descansas. -reclama Virginia, la abuela tierna cuya única misión es dejarse cuidar- Ven aquí, hálame de tu país.

Rosa reconstruye una versión maquillada de los problemas y los privilegios de su país. Recuerda el verde montañoso que observó por única vez desde el aire y lo compara con el ocre árido de los paisajes españoles; minimiza un poco los ya conocidos problemas de violencia y narcotráfico, destacando más el calor de la gente, la sonrisa festiva, el chontaduro y el raspao del parque de las banderas; la Feria de Cali, la salsa en Juanchito, el paisa que canta y la rubia que baila. "Allá todo es muy lindo!" Por primera vez desde que salió, Rosa logra recordar su tierra sin pagar las tres lágrimas por minuto y sin tragar entero.

Al aeropuerto fuimos todos los de casa; mi papá, mi hermano, mi abuela y mi madre, quien sería la única en no cruzar la puerta de casa al volver en la noche. Mi otra abuela, la madre de mi madre, descansaba en su casita de esterilla en el campo, sabiendo que su hija partiría pero sin saber exactamente cuándo, una estrategia ideada por mi madre para evitar el sufrimiento de pensar que su hija se iba alejando, para evitar ver, como vimos nosotros, como el túnel de embarque se la iba tragando.

El silencio ocupó el lugar de mi madre en casa. Intentábamos no hablar para ignorar su ausencia; mi padre observaba las noticias de la televisión española que entraba por cable, mi hermano paseaba con su novia fuera de casa y mi abuela, afectada por el alzheimer, preguntaba dos veces por hora dónde estaba mamá.



Yo intentaba exorcizar mi Edipo dibujando un cuadro que nunca acabé y esperando el timbre del teléfono que no sonó hasta las diez, casi veinte horas después de verla partir. Esperaba oír la voz de mi madre, años después me enteraría de que el llanto la traicionó y no la dejó hablar. Hijo -de nuevo la voz electrónica de Rosa con dos segundos de retraso- tu madre ha llegado, eh, que lo sepas. Está bien, pero ej que ahora mihmo ehtá en el baño y no puede hablar, sabes...?

Unos meses necesita una familia para empezar a recoger los frutos de un inmigrante. Trabajando día y noche, más concentrada en los cuidados de Virginia que en las tareas del hogar, Rosa reúne la primera mesada grande y la multiplica por dos mil setecientos enviándola a Colombia para cubrir deudas, comprar regalos e invitar a comer a vecinos y amigos en el corrientazo de la esquina.

Unos días necesita un grupo de vecinos para entender que el negocio funciona. No tardan en llover solicitudes de ayudas para atravesar el charco en busca de oportunidades, preguntas sobre el procedimiento, ofrecimientos de grandes pagos, aunque sea a posteriori.

Una o dos vidas necesita una madre para perder las esperanzas de que su hijo regrese. Para la madre de Rosa dos vidas se resumen en un par de meses. El primero asumido con una espera silenciosa y

voluntaria, sentada en una silla mecedora fingiendo comprensión y fortaleza; el segundo sumida en un silencio forzoso y desesperante, postrada en una cama hasta la llegada de la muerte. No era precisamente a ti a quien esperaba.

Dos meses después de la partida de mi madre, su madre -mi abuela la del campo- empieza a reemplazar las cuatro paredes de esterilla por muros de ladrillo y cemento mezclado con cal; las deudas familiares con prestamistas menores empiezan a saldarse; mi hermano coquetea con la posibilidad de trabajar en España; mi padre continúa conectándose todos los días a la televisión española a través del cable. Yo sigo trabajando como profesor cerca al aeropuerto y preparo tortas de banano los domingos para mi abuela paterna en casa, quien sigue preguntando dónde está mi madre, a lo que todos hemos acordado responder que ha salido esta mañana para Bogotá y que volverá mañana temprano; mi abuela ha acordado consigo misma olvidarlo cada media hora y volver a preguntarlo llena de curiosidad, obteniendo siempre la misma respuesta que le suena tan nueva como el pasado que ya no recuerda... En Bogotá...? Y por qué no me habían dicho!

Un día cualquiera mi abuela cae al suelo y no vuelve a pararse. Un derrame cerebral la acuesta en cama y queda bajo la custodia de tres hombres que poco a poco aprenden a bañarla, vestirla,



cambiarla, darle de comer y arrancarle media sonrisa en la mitad del rostro que todavía puede mover. Poco a poco la abuela se apaga y su memoria decide olvidar algo más que recuerdos a corto plazo; un día decide olvidar cómo hablar, otro día olvida cómo levantar ambos brazos, al siguiente olvida cómo tragar. Finalmente sus ojos olvidaron la facultad de abrirse, su corazón la de latir y sus pulmones la de respirar. Hubo algo que el alzheimer no pudo apagar; sus ojos continuaron mirando, su corazón amando y sus pulmones dándonos aliento para continuar. Así, finalmente, se apagó la abuela, quedando para siempre encendida en nuestras memorias. Mi madre levantó una oración en silencio que se juntó con las nuestras, a 10.000 kilómetros de distancia y un cuarto de día más temprano.

Rosa entendió rápido que el negocio estaba en traficar esperanzas. Tomando como fiador la palabra de sus vecinos, consigue ofertas de trabajo para inmigrantes desde España y presta el dinero para que vecinos y amigos atravesaran el atlántico y se embarquen en la aventura de cobrar en Euros. El sueño europeo toma fuerza en Mariano Ramos; en poco tiempo, el barrio ve partir a la vendedora de chance, la mujer del mazamorrero, la señora del granero, la hija del tendero, la esposa del camionero... dos o tres hombres están en la lista, pero son las mujeres las más apetecidas. En prolongadas y repetidas conferencias telefónicas, Rosa explica detalladamente cómo presentarse en Bogotá para la visa, dónde comprar el pasaje para España y cómo abordar el metro al llegar a la Terminal S4 ya en Madrid. Así las cosas, la recua de mujeres y el puñado de hombres son recibidos sin problemas en el aeropuerto de Sevilla Capital. Ya en España, Rosa cobra por cuotas el dinero prestado y unos intereses considerables que le inyectan capital al negocio del tráfico de esperanzas.

Mi madre llega al aeropuerto de Sevilla ahogada en llanto, con la firme convicción de traer a su familia, sin imaginar que pasarán cuatro años sin volver a Colombia, que al volver no encontrará a su suegra y será la última vez que se reúna con su esposo. En la puerta de llegadas, Rosa la espera preocupada por el retraso. Ya, hija, no llores más. Vamos a casa y llamamos a tu familia que debe estar preocupada.

Cuatro años han pasado desde la partida de mi madre. Mi padre, mi hermano y yo esperamos en el aeropuerto; mi abuela espera noticias desde la comodidad de su casa en el campo, siguiendo el método de anunciar la llegada sin una fecha determinada para evitar la angustia de pensar en los riesgos durante el vuelo. Habíamos despedido una mujer mayor y asustada con lágrimas en los ojos; hoy recibíamos de vuelta una mujer rejuvenecida que vestía jeans y una enorme sonrisa que no cupo en la maleta y tuvo que traer puesta. Durante dos meses lucimos la misma sonrisa como uniformados en casa; sabíamos que de vuelta a España regresarían mi hermano y mi madre, pero no sospechábamos que dos meses después yo viajaría ayudado por una beca de la Unión Europea para estudiar un Master en Formación. Sólo quedaría mi padre, quien esperaría pacientemente la tramitación de los documentos para su reagrupación.

Para mí vino Europa, los estudios, las conversaciones en tres idiomas y medio. Me enfrenté a este continente con una beca que me permitió estudiar y recorrer Portugal, España, Francia e Italia a mi antojo, bajo una condición social bastante diferente de la de mi madre, Rosa y mi hermano. Descubro, entonces, que la discriminación es social y no étnica, por lo menos con los inmigrantes.

De los viajes, las fiestas y los estudios, he hecho amigos, conocidos, compañeros y uno que otro allegado. Es 6 de julio de 2010, ha pasado un año y nos reunimos en la playa del Miracle en Tarragona para celebrar mi despedida, esperando el festival de fuegos pirotécnicos junto al mar. Viajaré mañana, pasaré tres meses en Colombia con mi padre y mi novia, vestiremos todos la sonrisa uniformada que lucimos con mi madre cuando la recibimos en Colombia. La reagrupación de mi padre está bastante adelantada, así que es posible que vuelva con él al regresar a Europa para terminar mi Master.

Van siendo las diez de la tarde y el sol todavía no se esconde.

En casa, mi padre prepara las cosas para recogerme en el aeropuerto el día siguiente.

Algunos amigos ya están en la playa. La noche se acerca con parsimonia.

Mi madre, en Sevilla, intenta comunicarse con mi padre.

El teléfono repica en el bolsillo de mi padre. Nadie contesta.

La noche cae lentamente. Se prepara la mecha para encender los fuegos.

Mi madre recibe una llamada a su móvil. Atiende.

Recibo una llamada a mi móvil... atiendo.

Mi padre, a diez mil kilómetros del resto de su familia, ha decidido no esperar mi llegada al día siguiente. Ha cerrado sus ojos y se ha quedado dormido para no volver a despertar. Ha muerto solo, sin más.

Una llama enciende la fiesta de los fuegos artificiales en Tarragona. El Mediterráneo refleja las explosiones de colores que iluminan el cielo en destellos parpadeantes. Y yo, sumergido en esa noche negra de fuegos y fiesta, no veo luces ni escucho explosiones... sólo intento atrapar el momento en que mi padre se zambulló en la misma noche, convirtiéndose en el emigrante eterno que ya nunca vuelve, dejándonos esperándolo justo en la puerta de nuestro reencuentro.

Esperaba encontrarlo al llegar al aeropuerto, en Cali. Abrazarlo, preguntarle cómo ha estado, ver su cara de felicidad al volver a verme y al saber que pronto estaría del otro lado del Atlántico, con su mujer y sus hijos. En lugar de eso, encuentro un par de mujeres que me aman e intentan sobreponerme del vacío. La primera mi

novia, quien me consuela; la segunda mi madre, quien ha viajado 10.000 kilómetros para despedir a mi padre, para decirle adiós y desearle buen viaje.

Un año después, mi abuela continúa en su casa en el campo construida enteramente en ladrillo gracias a las remesas de mi madre; mi hermano ha conseguido un trabajo y ha comenzado la Universidad; mi madre continúa trabajando para enviar algo de dinero; la crisis económica y la nueva legislación laboral han quebrado el negocio de tráfico de esperanzas de Rosa, quien también continúa trabajando como empleada del hogar. Yo empecé otro Master, esta vez sin beca y sin la posibilidad de viajar, bajo las mismas condiciones de cualquier otro inmigrante.

El 6 de Julio de cada año, en Tarragona, el cielo continúa haciendo fiesta para celebrar la llegada de mi padre, el único verdadero emigrante de esta historia. El único capaz de comprar un billete de ida sin regreso en medio de una enorme fiesta celestial.



Crónica finalista - categoría estudiantes

El Sastre que hace Ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

Fotos: Carlos Mejía Arbeláez
Docente que acompañó el proceso: Melva Mejía Arbeláez



El Sastre que hace Ciencia

Autora: Juanita Hincapié Mejía

24 años bastan y sobran para que en una vida ocurran los cambios más abruptos y desconcertantes. Carlos Mejía cambió la máquina de coser, los hilos, ojales y moldes por un uniforme verde pálido e instrumentos para intervenir válvulas. Lejos quedó la imagen aciaga de sastre ilegal que había anclado en territorio gringo persiguiendo el sueño americano, la sombra débil de un migrante indocumentado.

Hace años la historia era diferente

En medio de la crisis económica que vivió Colombia, derivada del boom de las drogas en los años 80, Carlos entró en quiebra. La sastrería, oficio familiar de más de cinco generaciones, sucumbió ante el opaco panorama. No había ganancias y por ello la historia empezó de nuevo; el impulso joven, la búsqueda de oportunidades, el salto a ojos cerrados hacia la aventura, hacia lo desconocido. Pero esta vez no tenía 14 años y la capital no era su destino.

Sus ojos miraron al norte, y a partir de allí no volvieron atrás. Con tres mudas de ropa y algo más de 500 dólares en los bolsillos emprendió el viaje. Un viaje de esperanzas en valijas y tres horas de vuelo. Bienvenido a Estados Unidos.

Ahora estaba en Miami, con el clima fresco y cálido de 3.000 horas de sol al año. Bordeado de llanuras y palmeras, en medio de los edificios altos y blancos, exuberantes dibujos de la potencia industrializada. Llegó a esta ciudad estadounidense por azar y fue allí donde finalmente logró conseguir trabajo a manos de un uruguayo. No era el mejor puesto, pero eso no era lo importante. Durante siete meses se levantó junto al cielo dormido de las 3 de la mañana, entre el letargo de quienes aún soñaban y la oscuridad de un sol que aún no había nacido. Para coger tres autobuses y un metro y así llegar a las 8:30 a.m puntual a la sastrería en Miami Beach. Eran cinco horas y media, casi lo mismo que se tardaba en regresar si se tiene en cuenta que terminaba la jornada a las 6 y llegaba a su casa a las 10:30 de la noche.

No faltaron las razones para que pronto se impusiera la tarea de encontrar otro trabajo. Por ello y por la recomendación de un conocido, se fue a Nueva York. Lejos de la ciudad que lo recibió y lejos de su mujer, que ya tenía algunos meses de gestación.

Así empezó el nuevo viaje, esta vez acompañado. Dos amigos serían su respaldo, en una cooperación recíproca por sobrevivir en la ciudad desconocida. Pero los planes no se lograron, y el resultado fue muy



distinto. Como una imagen premonitrice de la vida en el extranjero, Carlos llegó solo a la gran manzana.

Sus amigos se fueron en otro vuelo y no volvieron a encontrarse. Empezaba entonces desde cero, con 100 dólares empuñados en la mano, la voz trémula de un hispano que no entiende el idioma y la preocupación a falta de contactos o conocidos.

Después de escudriñar durante un buen tiempo en la fila de taxis que se apilaban en la salida del aeropuerto JFK, se montó en el de la cara de latino. Este lo llevó a un hotel barato de 30 dólares la noche. En el camino y como muestra de solidaridad le mostró algunas lavanderías cercanas para que consiguiera trabajo. Pasó un día entero antes de que se atreviera a salir del cuarto de hotel. El mundo fuera de esa puerta parecía excesivamente grande y agobiante.

Sin embargo, superado el pánico inicial, salió a la calle y lo emplearon. Tomy, un italiano de Brooklyn que hablaba español se conmovió con la historia y le dio trabajo de sastre por nueve meses. En navidad se devolvió a Miami a ver el nacimiento de su hijo y reencontrarse con su esposa Marta. Allí se estableció y consiguió un buen salario, al menos para un migrante acostumbrado a menos de la mitad del pago normal.

Los frutos del esfuerzo

Así empezaron los buenos tiempos. Se pudo conseguir su primer apartamento y al año, su propia máquina de coser; creó una red de trabajo. La vena artística que fluía por sus manos le dio cierto estatus en el negocio, un talento protagonista que empezó a sobresalir en sacos bien confeccionados, puntadas y cortes limpios.

Siete años transcurrieron hasta que consiguió apartamento en Miami Beach. En un edificio blanco de 500 apartamentos, con una terraza en colores cobre que recibía los reflejos del agua y las velas de los buques que a lo lejos se disponían a navegar por la Bahía Vizcaína. A pocas cuadras del imponente complejo de edificios beige del Mount Sinai Medical Center. Delimitado por las avenidas Alton Road y Julia Tuttle Causeway.



Debido a la cercanía del Hospital, en el edificio vivían varios médicos, la mayoría de otros países. Por eso no fue extraño que en una de esas actividades de socialización que se realizaban periódicamente, entre cocteles y charlas en la piscina, Carlos conociera a David Paniagua. El médico más joven graduado en medicina y cardiología de Costa Rica, con un record de calificación de 100 durante toda la carrera. Y que allí se entablara una amistad. Tampoco que conociera a Francisco López Jiménez, un médico mexicano que estaba en el país validando medicina y cardiología.

De inmediato surgió la simpatía, y la agrupación de unas personas que se entendían en su condición de extranjeros.

Así nació el proyecto

Ahora había reuniones semanales, con charlas, vino y comida. Todos eran amigos y sorteaban los días y la cotidianidad con

pequeños planes que rotaban de sala en sala, pero que casi siempre tenían como lugar central el apartamento de Carlos.

En una de las conversaciones, David y Francisco empezaron a hablar de una idea que hace tiempo les rondaba en la mente, de un proyecto médico que habían sopesado pero que aún no se materializaba, que por el momento solo existía en palabras.

Carlos escuchaba curioso, con el interés que despierta un tema atrayente, con una que otra pregunta suelta pero sin ningún aporte de ideas. Después de todo no era médico y a ese mundo científico, profundo y complejo, solo se acercaba como lo hace cualquiera. En la formulación de pequeñas hipótesis sobre la causa de una gripa, o los posibles tratamientos y remedios para una indigestión.

Luego de un tiempo David se fue a Harvard para hacer una especialización en intervencionismo. Pero la idea no quedó congelada, estaban decididos a impulsar el proyecto: a idear la forma de hacer una cirugía subcutánea para un trasplante de válvula. Y así empezaron los primeros pasos, ensayando en válvulas de cerdo, a prueba y error. Pero todo fue más error que cualquier otra cosa. "David me preguntó que si los podía ayudar y me trajo una válvula para que mirara a ver", menciona Carlos con manos agitadas. En él reconocieron la habilidad manual para realizar ese trabajo delicado, la manipulación de materiales no convencionales, instrumentos y elementos de reducido tamaño.

El arte en las venas

"Yo desde muy niño he desarrollado una habilidad que nace de mi propia inquietud. Desde los 5 o 6 años no podía pasar por un basurero porque recogía lo que me llamaba la atención, lo

llevaba a la casa y empezaba a trabajarlo con cuchillos, trataba de transformarlo, de moldearlo". Dice ahora en medio de la nostalgia y los retazos de recuerdos de los días de infancia.

Carlos jugaba a crear barcos y figuras en madera, tallaba y ponía al fuego. Era una curiosidad expuesta en cuadernos de dibujo, en su sensibilidad a la creación. Con ese mismo espíritu de artista se las ingenió en la sastrería. Y su concentración no se ocupaba de bordados o moldes, de realizar patrones con costuras y dobladillos o coser bolsillos. Ese ya era un arte dominado. Imaginaba piezas con materiales no convencionales y hacia chaquetas de periódico y blusas de plástico.

"Si uno tiene un poquito de imaginación siempre hay forma de salirse de lo convencional, en ese momento esto me sirvió mucho. A mí siempre me gustó ir más allá de lo que me enseñaron, aunque se tenga el mejor maestro en la vida no hay que conformarse".

Y por eso tomó la sastrería como elemento de expresión, no tenía la capacitación de un pintor o la técnica de un escultor, de hecho no había terminado el bachillerato, pero eso no fue impedimento.

De la sastrería a la investigación

La pasión que cultivó por más de 20 años se convirtió en el motor de nuevos caminos. Y de repente este sastre se volvió investigador, y se encontró inmerso en el campo de la medicina. David y Francisco tenían la capacidad académica, el conocimiento, y él la habilidad. Pasó a convertirse en las manos de aquellas mentes científicas.



"Mire Carlos hay un catéter que es lo que se usa para una valvuloplastia pero no sirve para lo que nosotros queremos, necesitamos uno así", le decía David. Y él, después de salir del trabajo, recogía todos esos instrumentos quirúrgicos o los que encontraba en ferreterías, los disponía en la mesita café de su sala de estar y con la luz opaca de una lámpara empezaba a desarmarlos e intercambiar piezas, a unir, cortar y desechar, todo en un intento por modificarlos y encontrar la curva correcta, el ajuste que generara el movimiento preciso, a la medida anatómica del cuerpo humano.

Hacía modelos con mangueras de las curvas que tienen las venas y las arterias antes de llegar al corazón. En esta época hubo muchos tropiezos e intentos fallidos, fines de semana dedicados de lleno a materializar el proyecto y volverlo realidad. Horas y horas dedicado a este oficio, pasaban las 2 y 3 de la mañana con los ojos abiertos y desvelos que divagaban entre ideas y posibles soluciones. Tanto esfuerzo terminó por afectarlo, en su economía y en su trabajo. Le quitaba tiempo y horas en la sastrería, que aun era su única fuente de ingresos.

Esta fue la razón por la que David y Francisco, que tenían los salarios de quienes apenas se están integrando a la comunidad médica estadounidense, destinaron una parte de sus ingresos para que Carlos se dedicara 3 días a la semana al proyecto.



Era un procedimiento innovador, un implante por vía percutánea de válvula al corazón, dispositivo que disminuye la insuficiencia valvular. Una enfermedad importante, un problema de salud común que afecta a muchas personas en todo el mundo. Solo en EEUU existen 200,000 casos que requieren cirugía valvular.

Dicha cirugía es de corazón abierto, lo que implica varios riesgos y posibles complicaciones. La mortalidad en pacientes con bajo riesgo puede ser de 1 o 2% pero puede llegar a 10 y 20% en otros. Además de esta cirugía, no hay otras alternativas para pacientes que presenten esta deficiencia valvular.

He aquí la importancia del proyecto, "A new percutaneous endovascular device to decrease valvular insufficiency". Es un sistema de tubos plásticos que se parece al árbol arterial, y que conectado a una unidad de bombeo, hace circular los fluidos, imitando la función del corazón.

"Antes el procedimiento era completamente diferente, teníamos el trasplante y el remplazo de válvula, pero hacerlos percutáneos es partir la historia de la cardiología, desde ese punto, en antes y después". Dice Carlos con la mirada de orgullo que brota desde un éxito próximo a asomarse.

Empezaron a partir de nada, y 12 años después el trabajo está casi terminado. En los últimos ocho se vincularon al proyecto el cirujano Eduardo Induni del Hospital México de San José, Costa Rica. Al igual que David Fish, cardiólogo e intervencionista norteamericano, director general del Laboratorio de Cateterismo Cardiaco del Texas Heart Institute, galardonado con el premio médico - científico del National Heart Lung & Blood Institute, y dueño de la patente de un dispositivo de cateterismo dirigido a distancia.

La investigación tiene también el apoyo de instituciones como el St Luke's Episcopal Hospital, el Centro Médico Mount Sinai, el Hospital México de Costa Rica y el Hospital Brigham and Women, de la Escuela de Medicina de Harvard.

El proyecto ya tiene financiación. Ahora Carlos Mejía es uno de los nombres que aparece en revistas como *Circulation* de la Asociación Americana del Corazón y la del Texas Heart Institute. El nombre de un colombiano migrante que llegó a Estados Unidos 24 años atrás, en busca de oportunidades y que ahora camina codo a codo con los grandes de la medicina, en cuyas manos se encuentra el destino de ingeniar nuevos procedimientos para mejorar la calidad de vida, pero sobre todo, para salvar vidas.



Crónica finalista - categoría estudiantes

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuello

Fotos: Eduardo José Marín Cuello

La Caribe, o el Macondo olvidado del siglo XXI

Autor: Eduardo José Marín Cuervo



Relato de un pueblo desplazado

Hace 11 años, los residentes de este caserío empezaron su travesía. Ésta ha terminado; ahora están parados en el tiempo mientras la sociedad los ignora y los deja atrás.

Con calma, una tras otra, las pequeñas olas de la Ciénaga Grande de Santa Marta rompen en la orilla de La Caribe. Vienen impulsadas por el viento desde el otro lado del complejo lagunar, de Bocas de Cataca, sector de donde es oriunda esta estirpe que,

al estilo de Cien años de soledad, parece no tener una segunda oportunidad sobre la tierra debido al olvido de los gobernantes, o a su propia ignorancia y desespero.

La Caribe es un caserío fundado por familias de pescadores, desplazadas por la masacre de Bocas de Cataca (Trojas de Aracataca para otros), ocurrida el 11 de febrero del 2000 a manos de un grupo paramilitar de la zona.

"Muchos años antes, cuando el pelotón de fusilamiento se fue..."

En ese caserío, donde ni las garzas quieren aterrizar, vive el viejo Juan Garizábalo. Este patriarca es el José Arcadio Buendía de este pueblo ubicado en el estuario que la Ciénaga Grande de Santa Marta forma al mezclar sus aguas con las del mar Caribe a la altura del municipio de Pueblo Viejo, en la carretera que comunica a los departamentos de Atlántico y Magdalena. Él fue el primero en llegar a esa zona a causa de una amenaza de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) al mando de 'Jorge 40', en que lo señalaban de 'colaborador de la guerrilla', a él, un simple pescador de ciénaga.

Garizábalo llegó a ese lote en el que sólo se levantaba una construcción en ruinas, que en épocas de la marimba, según afirma él mismo, "era como un hotel en que escondían los cargamentos que en la noche eran sacados mar afuera" por pescadores de la zona. Esa construcción casi derrumbada es su casa. Allí habita solo.



Tiempo después, los mismos que amenazaron a Juan volvieron por la zona en seis lanchas. Sacaron a los siete hombres de sus casas y los reunieron en la plaza frente a la iglesia al atardecer. Tras señalarlos de colaboradores de la guerrilla dispararon a sangre fría. Los sobrevivientes quedaron con un plazo de 24 horas en su contra.

Eso ocurrió el 11 de febrero de 2000; al anochecer, las familias salieron del pueblo aprovechando la oscuridad y la pasividad de las aguas de la Ciénaga Grande. Esas que atestiguaron tanto la masacre como el éxodo en medio de lágrimas que Ana Cecilia Samper, José Evaristo Pabón y más de 30 personas entre adultos y niños, emprendían con sus familias rumbo a "cualquier lugar", como señalan al evocar tan triste instancia de sus vidas.

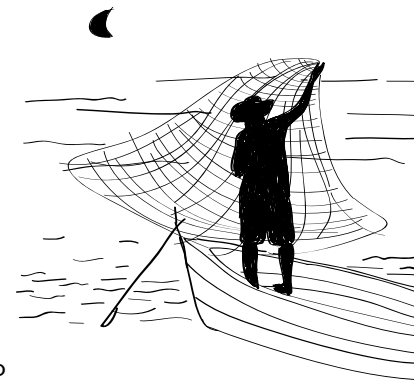
La Caribe es donde empezaron de nuevo -después de vagar dispersos por los corregimientos de la carretera entre Santa Marta y Barranquilla por cinco años-. Allí es donde se encuentran hoy, un lugar que queda lejos de donde comían lo que querían cuantas veces querían y trabajaban en lo que les gustaba: la pesca. Hoy, once años después, están viviendo en este sector en condiciones de miseria.

El nuevo Macondo y sus generaciones

El puente de 'la barra' es el mirador de este pueblo formado por 20 casitas de madera, que no superan los 4 x 3 metros y se levantan en un terreno húmedo que no tiene servicios públicos de calidad. En ese Macondo de la vida real habitan tres generaciones víctimas de la violencia, el olvido y la indiferencia.



Esas casitas fueron construidas por un ente religioso y ONG extranjeras, hace seis años. En ellas habitan hasta tres familias, contando padre, madre y un par de hijos... con sus familias.



Este es el caso de Ana Cecilia Samper, de 42 años, quien habita bajo el mismo techo de zinc con sus siete hijos, su esposo y otros ocho familiares. En ese hogar el sustento llega gracias a la venta de panes de Ana Cecilia y la pesca de su esposo, Jader Charris, de 43 años, tarea difícil que él desempeña en la noche, ayudado por uno de sus pequeños hijos, en una embarcación alquilada o prestada, según consiga. Todo para obtener los alimentos que en muchas de las familias de La Caribe hacen falta, pues a veces es medio día y no han desayunado ni siquiera los que viven solitarios como el veterano Juan Garizábalo.

Esas casas, fueron construidas como solución temporal y se convirtieron en definitivas. Precario servicio de electricidad, pésimo acueducto y nulo alcantarillado, además de la compañía de mosquitos, enfermedades e infecciones, por falta de salud e higiene pública. En La Caribe, la gente ha aprendido a vivir con sonrisas constantes pese a no saber escribir su nombre, viendo crecer a la generación siguiente creada a partir de los niños con quienes huyeron de "ellos" (los paramilitares) hace 11 años, y que hoy son hombres y mujeres que se enamoraron entre sí, empezaron a convivir y hoy son padres de la tercera generación de este nuevo Macondo, en el que nadie ha nacido con cola de cerdo, sino que lo diga *Norma, (*no quiere revelar su identidad) quien con 18 años es madre de cuatro pequeños enfermizos y desnutridos. Ella es vecina de Ana Cecilia, y al parecer son parientes, aunque ni lo niegan, ni lo confirman.

Al otro lado del caserío, en lo que podría llamarse la primera calle, frente a la carretera que comunica a los departamentos de Atlántico y Magdalena, Humberto Garizábalo, hermano de Juan, quien tenía 57 años al salir de Bocas, pide al cielo constantemente. En sus plegarias, clama por conseguir de parte del Estado –ese que un día le falló por un error en su cédula- una embarcación con la que pueda “dedicarse a su arte”: la pesca, y poder conseguir “algo que dejarle a su hijos”; palabras sabias y bañadas por lágrimas de alguien que en su analfabetismo “conoce la letra O, sólo por ser redonda”.

Totalmente distinto a Bocas, y al Macondo de García Márquez, en La Caribe no hay plaza. Al norte y al oriente, la ciénaga Grande de Santa Marta, al sur, algún caserío oculto tras la vegetación de manglar que no alcanza gran altura, y al occidente, la carretera Troncal del Caribe. Así, encerrados por pavimento, agua y plantas, se extendieron sobre 1 kilómetro cuadrado, las 20 casas más parecidas a dados que a viviendas dignas. Aquí la dignidad está en las sonrisas inocentonas y tímidas de estos “migrantes” que dejaron de ambular; pues no hay ningún Coronel que quiera morir fusilado con ella.

Lo más cercano al coronel Aureliano Buendía de García Márquez, es Carlos Modesto “El Pollo” Castro. Él es quien activamente da cara, y “se da en la cara”, según dan a entender estas personas, para defender los derechos de todos los habitantes de La Caribe, la mayoría analfabetas. Con aproximado 1,60 metros de estatura, piel morena, rojiza por el sol y gran entusiasmo al hablar, “el Pollo” evoca a los juglares griegos, a quienes se asemeja al entonar décimas que hablan de su entorno y de la situación de los residentes del caserío. Castro enfoca sus energías en elevar acciones de tutela, papeleos para subsidios y demás procesos que la burocracia colombiana tiene en programas para desplazados.

Sus acciones son muchas veces inútiles, “los políticos le bailan el indio” a esta suerte de caudillo chaparro que, con lo poco que tiene, hace malabares para todos en el caserío.

La historia desde afuera

La invisibilidad de estas personas intenta ser quitada, por entes como el Proyecto Redecs, la Defensoría del Pueblo, la Asociación Tierra de Esperanza y otros que en conjunto propenden que el mundo sepa lo que ocurre en La Caribe.

Miriam Awad, representante legal de Tierra de Esperanza, con voz calmada y muy rápidamente, expresa que en La Caribe el abandono estatal es la pauta marcada. Dice que allá se necesita más que la ayuda de fundaciones como la que ella representa. Sin embargo, esas ayudas de fundaciones son alicientes para los habitantes de esta tierra con dueño, que en cualquier momento puede mandar desalojar su lote. Sí, ese hotel derribado en que habita el viejo Juan es la prueba de que ese pedazo de tierra tiene dueño. Un dueño que nunca ha ido, pero que todos saben que existe. Lo cual hace “vulnerables” –más aún- a estas personas.

Lo cierto es que la palabra vulnerable se convierte en una debilidad para ellos, es motivo para convertirlos en fantasmas, aprovechándose de su mínima educación para vacilarlos como



perro juguetero cuando desean pedir lo merecido. A esa conclusión se llega al conversar con el sociólogo Edimer Latorre, autor del libro "De aplazados a desplazados: la realidad de los derechos de las personas en condición de desplazamiento forzoso en la ciudad de Santa Marta". El libro es resultado de una investigación que muestra la radiografía de la situación que viven los desplazados ante los estamentos del gobierno que, en el caso de La Caribe, quedan bajo la jurisdicción del municipio de Pueblo Viejo.

En este Municipio, en que su Alcalde reside en otra ciudad, la única representación administrativa que da su versión, es Osman Echeverría, coordinador del Umata (Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria). Él explica que La Caribe, tiene varios problemas de marco jurídico que limitan el trabajo de la administración.

Primero, ese terreno es zona protegida, por estar dentro del vía-parque Natural Isla de Salamanca, y está a la orilla de la carretera que en un futuro pretende ser ampliada a doble calzada. Estos dos factores se suman al de ser un terreno privado que está invadido. Agréguese a esto lo que el funcionario llama un problema cultural en que estas personas se han acostumbrado a estar pidiendo, ateniéndose a la caridad.

A ese último factor, Echeverría suma la ignorancia de los residentes en este nuevo Macondo. Quienes, a su juicio, son víctimas del "Pollo" Castro. El coordinador de Umata dice que Castro muchas veces pide dinero a la gente del caserío con el pretexto de adelantar trámites que nunca se cristalizan. Finalmente, en su corta entrevista, expresa que la solución está en la capacidad de emprendimiento de estos desplazados, calificativo que, según él, perdieron al haber pasado un lapso de tiempo comprendido por el Estado, el cual él no recuerda.

Sobre esto, la sección 7 del Capítulo II de la Ley 387 de 1997, dice que el estado de desplazado cesa cuando éste logra estabilizar su condición socioeconómica en su lugar de origen o en un lugar nuevo. Ni lo uno, ni lo otro ha ocurrido en La Caribe, el nuevo Macondo.



El rostro de la esperanza

En la única casa de material (cemento) del pueblo, está José Evaristo 5 años. En el interior, él remienda su malla para capturar camarones. Está en lo que equivale al patio; en el lugar no hay cercas que limiten a los vecinos, quizá eso influye en la superpoblación infantil nacida en La Caribe.

La vivienda de José Evaristo luce así, gracias a que fue beneficiado en el año 2007 por el Banco Agrario debido a un programa de construcción de hogares dignos de habitar en varias zonas vulnerables del país. Afirma él mismo.

Este desterrado pero alegre hombre, comenta, muy orgulloso, que tiene 20 hijos, de los cuales vive con cinco, junto a su callada pero amable mujer, María Guerrero de 48 años –quien aparenta más a juzgar por sus canas y arrugas-; ellos son un rostro hablante de las secuelas de una masacre. Ellos, huyeron de Bocas cuando su hija mayor tenía dos años de edad; hoy tiene 13 y ha visto cómo crecen sus cuatro hermanitos, nacidos en La Caribe, lejos de la tierra de sus padres.

Los Pabón Guerrero, sobreviven con la venta de camarones de José y con los frutos que emergen de las tres plantas de banano escondidas al costado de su casa, junto a su segunda cosecha de patilla casi sumergida en la Ciénaga. Los bejucos de la patilla son usados como puentes por diminutos cangrejos cienagueros.

Las historias contrastan en sus desenlaces, pero todas nacen de la fuente del desplazamiento producto de una violencia enraizada hace más de 40 años en el país.

Este ha sido solo un capítulo de esta historia que inició hace más de una década en la otra orilla de la Ciénaga Grande. Sus protagonistas han hablado, se han mostrado. Mientras todo esto pasa, en La Caribe, como en el Macondo de Cien Años de Soledad, todos están condenados al olvido mientras las olas siguen yendo y viniendo de orilla a orilla.



Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____

Nombre: _____

Empresa: _____

Dirección: _____

Teléfono: _____

Celular: _____

Correo electrónico: _____



Departamento Administrativo
para la Prosperidad Social



Libertad y Orden
Ministerio de Educación



AFACOM
Facultades para Comunicar



Taller Creativo
de Alenda Sánchez B. Ltda.
Comunicación para el desarrollo y productividad interna